

FBI

**YO, EL
CADAVER**
DONALD CURTIS



FBI



R

© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 17.763-1968

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

DONALD CURTIS

Yo, el cadáver

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de DONALD CURTIS publicadas en
nuestras colecciones:

Colección A. FEDERAL:

- Núm. 20.—Top secret.
» 24.—Doctor Devil.
» 27.—Al filo de la noche.
» 30.—El rostro del dragón.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

- Núm. 320.—Cerco de tinieblas.

Colección F.B.I.:

- Núm. 811.—Siete horas.
» 814.—¡Horror!
» 820.—Amorosamente mortal.
» 823.—Los Zorros del 75.
» 826.—Exótica charada.
» 829.—Asesino de cristal.
» 832.—Rubia es la muerte.

PROLOGO

ME asesinaron exactamente aquel día de diciembre, no lejos de la Navidad.

Ocurrió cuando no podía esperarlo: simplemente cuando estaba cumpliendo una misión rutinaria, sin ninguna trascendencia, y cuando me disponía a finalizarla para reunirme con mi esposa Hazel para iniciar las vacaciones navideñas y de Año Nuevo.

Eso era todo lo que tenía en proyecto. Ni un caso criminal, ni un problema realmente serio ante mí, ni cosa alguna que me permitiera estar en guardia contra cualquier peligro, contra cualquier circunstancia adversa y peligrosa.

Nada de nada. Sólo rutina. Simple rutina para la Oficina Federal de Investigación, cuando tuvo que suceder precisamente aquello.

Cuando alguien tuvo que asesinarme.

No sabré nunca cómo empezó todo exactamente. Es difícil de recordar ciertas cosas, en especial cuando afectan a uno. Y, sobre todo, cuando se refieren a nuestra propia muerte. No, nada fácil resulta evocar lo que sucedió, porque la confusión es demasiado grande para que los recuerdos tomen una forma determinada y concreta.

Lo cierto es que alguien tuvo la idea de que Robert Kane estorbaba a la gente, a la humanidad, a alguna persona, fuese ella quien fuese. Lo cierto es que pensaron en eliminar a Robert Kane.

Y Robert Kane soy yo.

Yo, que tenía que morir.

Quien lo hizo era un experto. No se trataba de un asesinato violento, improvisado ni casual. No era fruto de un arrebato pasional ni de un estado de exasperación repentino.

No. Todo estaba medido. Muy medido. Estaba hecho, desde su

principio, de modo que el golpe no fallara. De modo que Robert Kane, agente especial del F. B. I., encontrase una muerte cierta, rápida y contundente.

Tengo que admitir, en honor a la verdad, que el éxito acompañó a su experiencia. Debo aceptar que triunfaron en su empeño. Mataron a Robert Kane, el agente federal.

Me mataron «a mí».

No importa que yo lo esté contando ahora. No importa que yo, el cadáver, esté echando la vista atrás y reconstruyendo los hechos en su dimensión más exacta posible, porque lo cierto es que el nombre de Robert Kane está borrado en las listas de agentes en activo. Pueden ustedes encontrar mi nombre en una lápida del cementerio local, con una sentida dedicatoria. Y también al pie de la larga lista de agentes muertos en defensa de la Ley y el orden, al servicio de la Oficina Federal de Investigación, en el cuadro de honor reservado a los héroes que cayeron víctimas del crimen.

Allí me encontrarán fácilmente si me buscan. Recuerden mis datos: Robert Kane, agente especial. División de Leyes Federales. Una División donde luchamos por defender un total de treinta y seis leyes federales que la gente acostumbra a transgredir con más frecuencia de la deseada. Robert Kane, veintiocho años. Yo estoy allí. Entre los muertos. Soy un cadáver, un agente desaparecido. Un héroe inmolado en defensa de nuestras leyes.

Nadie sabe quién lo hizo. Ni siquiera por qué.

Yo mismo lo ignoro incluso ahora. ¿Quién deseó mi muerte? ¿Quién ordenó mi ejecución? ¿Quién manejó el arma homicida? ¿Por qué lo hicieron? ¿Qué ha ganado alguien con todo ello?

No lo sé. No sé nada de nada. Pero estoy muerto. Y quiero saber por qué. Quiero descubrir la verdad sobre mi propia muerte.

Tengo que saberlo. Sólo entonces seré un cadáver tranquilo, quieto, callado y resignado a su suerte. Sólo entonces, pero no ahora.

No tengo enemigos, no dejé adversarios en libertad que pudieran llegar a vengarse de mí. He sentenciado a algunos a prisión por delitos graves; pero siguen allá, en sus celdas, pagando su deuda con la sociedad. De modo que ellos no son. Hace, además, demasiado tiempo de todo ello para que un familiar, un amigo o una amante de esos hombres haya pensado en la venganza. No, no

admito que pueda ser eso tampoco.

Pero entonces..., ¿quién? ¿Por qué?

Esas dos preguntas me obsesionan. Me vuelven realmente loco. Y me hacen desear llegar al fondo de la verdad, sea ésta cual sea, por ingrata y fea que resulte al final.

Ella, Hazel, es ahora mi viuda. Una hermosa viuda, la verdad. No se ha casado aún, lo cual parece dar a entender que guarda bastante bien mi recuerdo. No tenemos hijos, de modo que vive sola. Sola con su hermana, con una señora que hace semanalmente la limpieza de la casa... y nada más.

El otro día me dedicaron un funeral. Hazel y mi cuñada Linda parecieron muy compungidas en él. Tal vez lloraran mi muerte, después de todo. Me hubiera defraudado mucho otra cosa. Tiene que ser así forzosamente. Ha de ser así.

No hubo nadie más que pudiera ser sospechoso. Absolutamente nadie. No sé de persona alguna que hiciera allí acto de presencia por el simple placer de asistir a mis funerales. Y si la hubo, yo no la conocía en absoluto.

Por eso ahora trato de pensar, de averiguar algo. Trato de mezclarme entre los vivos, intento llegar hasta una explicación, hasta algo que me dé la clave de esto. De por qué yo ahora, en estos momentos, me encuentro entre los muertos. Entre los que ya no existen.

Quizás nunca llegue a descubrir el misterio de la muerte de Robert Kane. Pero nadie más interesado que Robert Kane en aclararlo, lógicamente.

Y Robert Kane soy yo.

El cadáver soy yo.

Tengo, pues, mis razones concretas para desear salir de dudas, de incógnitas, de recelos e indecisiones.

Y si alguna vez lo consigo, creo que también resultará natural que desee justicia. No venganza, sino justicia. Que mi asesino pague con su vida el crimen cometido. Que yo, el muerto, el cadáver de Robert Kane, pueda sentirme satisfecho. Satisfecho de que el culpable pagó ya su deuda conmigo. Y con la Ley. Y con el F. B. I.

No sé si llegaré nunca tan lejos. Pero voy a intentarlo. Estoy intentándolo. Yo, el cadáver, lo estoy intentando todo. Absolutamente todo.

Yo, Robert Kane, pido justicia. Exijo justicia.

Los muertos tenemos derecho a pedirla. A exigirla. Y a esperar que seamos escuchados.

Si es que los vivos pueden escucharnos...

I

—¿**S**E encuentra bien?

Miré a la enfermera. No supe qué responderla. Ni siquiera sabía cómo me encontraba. Pero preguntándolo una criatura como aquélla, había que responder algo, lo que fuese.

—Creo que no estoy mal del todo —confesé. Me asaltó un fuerte dolor de sienes al hablar y me incliné con un gemido—. Bueno, la verdad es que tampoco estoy demasiado bien...

—Comprendo —sonrió ella—. Debe tener paciencia. Su recuperación es lenta. No quiero que se desaliente. Lo cierto es que aunque no esté bien del todo, está en realidad mucho mejor de lo que estuvo hasta hoy. Su mejoría va siendo notable.

—Gracias —suspiré—. ¿Cree de veras que estoy mejor?

—Sí; estoy segura.

—Me gustaría también estar seguro yo mismo —confesé abiertamente. Miré hacia la ventana de la habitación. Caía la nieve. Eso es algo muy decorativo. Pero no sé por qué motivo no me gustó ahora.

—Sigue nevando, es cierto —habló ella adivinando mis pensamientos—. Es muy molesto, la verdad.

—¿Molesto? —Torcí el gesto—. Creo que es algo mas que eso. Es irritante. Si siguen difíciles las carreteras terminaré por llegar tarde a mis fiestas navideñas...

—¿Navideñas? —Ella me miró como si estuviese loco. Luego se echó a reír—. Llegará tarde a ellas de todos modos.

—¿Usted cree? —me alarmé—. Cielos, no me gustaría que ocurriera eso...

—Deberá hacerse a la idea. Tengo la impresión de que el accidente le hizo perder por completo la noción del tiempo. Ayer

sabía usted que Navidad había pasado. Y también Año Nuevo.

—¿Cómo? —La miré perplejo—. ¿Yo sabía eso ayer?

—Hablamos de ello usted y yo —suspiró ella, paciente. Se inclinó hacia mí. Con su pelo rubio, sus ojos muy azules y su uniforme blanco, era una delicia de enfermera. Tenía la cintura muy breve—. ¿Ya no lo recuerda?

—No —gemí cerrando los ojos—. No recuerdo nada.

—Estamos a tres de enero. ¿Lo sabía?

—Tres de enero... Dios mío... —Me incorporé en la cama, asustado—. ¡Tres de enero! Empecé mis vacaciones el día veintidós de diciembre...

—Lo sé. El veintitrés ingresó aquí. También hablamos de eso.

—Pero mi familia... ¡Mi familia estará aterrorizada!

—No debe temer nada. Su familia está informada de todo.

—Oh, eso es diferente... —Parpadeé mirando a mi dulce y rubia enfermera con curiosidad—. ¿Y... y mi familia no ha venido, no se ha preocupado en... en venir a verme, en saber algo de mí...?

—Por supuesto. Su esposa telefoneó —me contempló no sé si compasivamente—. No puede venir a cuidarse de usted, pero parecía preocupada por su estado...

Lo dijo de un modo que daba a entender todo lo contrario. La enfermera era demasiado piadosa para revelarme crudamente la realidad.

Me sentí confuso, asombrado, lleno de incertidumbres y decepciones. Hazel... ¿Era posible que Hazel me olvidara de ese modo, que sólo se preocupara de telefonar rutinariamente y sin demasiado interés?

—No... no acabo de entenderlo... —murmuré contemplando mis manos, envueltas en vendajes, con aire pensativo—. ¿Dice usted que llevo aquí diez días?

—Exactamente diez, sí —me sonrió—. Está fuera de todo peligro; no debe temer nada en absoluto.

—No me preocupa eso. Escuche, enfermera...

—Ayer me llamaba Nancy —me recordó ella risueña.

—Está bien, Nancy. Quiero que sepa algo. No recuerdo nada de nada de cuánto sucedió ayer. Ni en estos diez días.

—Comprendo. Anteriormente tampoco recordaba lo que ocurrió antes de ingresar aquí.

—¿No? —Enarqué las cejas, sorprendido.

—No ha recordado usted nada en todo este tiempo. Tal vez su momentánea pérdida de memoria ha sufrido un cambio, una desviación, y ahora lo que no logra recordar es el tiempo transcurrido entre el momento del accidente y lo que pudiéramos llamar su recuperación actual. Ésta puede ser definitiva o no. Lo cierto es que al final de su tratamiento lo recordará absolutamente todo. Ocurre siempre así.

—Entiendo. Mi cabeza no marcha bien del todo, ¿no es eso?

—Viene a ser algo parecido, pero no en el sentido que usted parece darle —la enfermera se sentó al borde de mi lecho. Cruzó sus piernas y, pese a las medias de blanco algodón y los zapatos de tacón bajo, propios de su uniforme, me pareció que tenía unas piernas preciosas. Ella prosiguió calmosamente—: Lo cierto es que sufre algunas anormalidades parciales a causa de las heridas que sufrió en su cabeza; eso es todo. Resultado del «*shock*» también. Todo ello desaparece normalmente a las tres o cuatro semanas como plazo máximo.

—Sí, eso no deja de ser un consuelo —admití con sarcasmo.

—Debe serlo, dese cuenta. No le ocurre absolutamente nada. Aparte las quemaduras en sus dedos y esos leves males de su cabeza, todavía afectada por el suceso, está usted perfectamente. Se recuperará de forma total muy en breve. Ese indicio de que ya empieza a recordar lo anterior, aunque olvide momentánea y parcialmente sus días de hospitalización, es buena señal.

—Nancy, usted parece un ángel —dije de repente.

—¿Por qué me dice eso? —se sorprendió ella.

—Porque tiene palabras realmente confortantes para un pobre enfermo —suspiré, viendo cómo seguía cayendo la nieve allá fuera, de un modo realmente molesto por lo continuado—. Pero estos días perdidos, este vacío de las Navidades y el Año Nuevo, mis vacaciones perdidas...

—Es mejor perder unas vacaciones que la vida, ¿no cree?

—Obviamente, sí —convine—. Pero, de todos modos, algo se ha perdido. Trabajé todo el año para esos días, para disfrutar de ellos junto a... a mi esposa. Y ahora eso quedó atrás. Definitivamente perdido.

—Definitivamente es una palabra demasiado contundente,

créame —sonrió ella, apaciguadora—. Vendrán otras vacaciones, otra oportunidad que no se perderá. Incluso es posible que ahora mismo, una vez recuperado..., usted vuelva a su vida habitual y tenga la ocasión de disfrutar de otro descanso que supla al que acaba de malgastar en este establecimiento sumido en su parcial inconsciencia.

La estudié pensativo, preocupado, asaltado por mil dudas y extrañas sensaciones. Estaba pensando en ella, en Hazel. En mi mujer. ¿Por qué no estaba aquí, por qué no había acudido a verme, a reunirse conmigo? La nieve, el frío, las carreteras bloqueadas... Todo eso era poco, muy poco para retener a una mujer enamorada. Y Hazel lo estaba de mí, como yo de ella. Al menos es lo que siempre había pensado.

¿Es que siempre estuve equivocado respecto a ella?

No, eso no podía ser... No era posible. No era razonable siquiera. No encajaba en el modo de ser de Hazel.

Pero había ocurrido así. Nancy, mi rubia enfermera, era quien lo decía. Yo debía fiarme de su palabra. Solamente de su palabra, porque acababa, prácticamente, de despertar, de volver en mí de una larga inconsciencia de diez días. Diez largos días. Ella aseguraba que yo estuve consciente en esos días..., pero olvidaba toda conexión con lo anterior. Ahora recobraba esa conexión con mi vida habitual... y olvidaba los diez días intermedios. Un paréntesis en blanco. Nancy decía que era clínicamente normal. Tal vez lo fuera. Para mí era incongruente, insólito.

Navidad, Año Nuevo... Todo había pasado. Nevaba cuando yo... yo empecé mis vacaciones. Seguía nevando ahora, diez días más tarde. Ni siquiera sabía si se interrumpió esa nevada durante tales fechas. No recordaba nada de nada. Ni el hospital, ni a Nancy, ni lo que estaba ocurriéndome realmente allí dentro...

—¿Qué ocurre con mis manos? —indagué, curioso, alzándolas y contemplándolas con la rara impresión de que ni siquiera podían ser mías aquellas formas envueltas en vendajes. Quizá como podría mirar las manos reseca y sin vida de una momia.

—Quemaduras de primer grado —informó ella—. Los dedos abrasados. Ni siquiera huellas dactilares se le podrían tomar. Pero eso pasará también. La piel de los dedos siempre vuelve a ser igual.

«Ni huellas dactilares...»

Yo sabía lo que eso significaba. Ni siquiera cuando un hombre sufre heridas graves en una mano, deja de poseer huellas dactilares, señales impresas en las yemas de sus dedos. Mis quemaduras debían ser horribles para...

Cerré los ojos, resoplando. Las cosas no parecían nada halagüeñas para mí. Me pregunté qué podría hacer en el futuro, carente de manos, si perdía el juego de mis dedos. Mi profesión no es compatible con un desastre así.

—No me duelen —dije secamente, manteniéndolas alzadas ante mí, los dedos crispados hacia el techo.

—Lógico —murmuró Nancy—. Hemos tratado a fondo eso. De otro modo, ahora se retorcería de dolor. Antes, sin embargo, lo pasó bastante mal.

—¿Quedarán bien, después de esto?

—Quedarán bien, sí.

—¿Sigue tratando de darme ánimos?

—Sigo tratando de ser sincera con usted —se ofendió ella.

Se puso en pie, airada.

—Perdone —sacudí la cabeza—. Usted es enfermera. Debe saber que los enfermos somos gente rara.

—Sí, lo sé. De todos modos, me juzga mal. No trato de engañarle. Soy sincera, tiene mi palabra. Va a quedar bien de todo, no sufra complejos.

—Está bien, está bien. ¿Me disculpa si la ofendí?

—Le disculpo —se suavizó su expresión—. Pero ahora, de todos modos, debo marcharme. Será mejor que descanse.

—¿Punto de vista profesional? —Sonreí.

—Punto de vista profesional —asintió, enérgica.

—Muy bien —suspiré, echándome atrás—. De todos modos, me siento realmente cansado. ¿Cómo estaba días atrás?

—Más cansado aún. Y más hosco, menos sociable —me contempló, chispeando sus ojos azules y vivos—. Le prefiero así, aun con todos sus recelos.

—Gracias —sonreí a mi vez—. Es como habitualmente soy. Incluso como ahora, cuando no tengo motivos para sentirme realmente feliz ni sociable.

—¿Su... esposa? —preguntó ella, camino ya de la salida del cuarto.

—Sí —afirmé roncamente—. Ella es el principal motivo.

Nancy tuvo el tacto de no volverse ni una sola vez. Pero oí su voz, e imaginé lo que pasaba.

—Ciertamente, debió venir a verle —la escuché comentar a medio tono—. Es lo que yo hubiera hecho, de ser su esposa.

—Siempre pensé que ella también lo haría. Hubiera jugado mi vida a eso, bien seguro de ganar.

—Y hubiera perdido.

—Sí, hubiera perdido —suspiré.

El silencio era embarazoso. Nancy llegó a la puerta. Tampoco se volvió para decirme con voz suave:

—Todavía puede venir. Acaso algo la retuvo lejos de usted...

Era una simple excusa, una frase de consuelo, y ella lo sabía. Lo peor es que yo también lo sabía.

Y eso lo hacía completamente ineficaz.

—Todavía... —repetí, apagadamente—. Claro, Nancy. Claro...

Salía ya de la habitación, cuando recordé algo. La retuve con una llamada repentina:

—Nancy, por favor...

Ella se paró. Giró por primera vez la cabeza y me miró por encima del hombro.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Quiere algo?

—Verá... Este tiempo ha sido como no vivirlo. Como permanecer al margen del mundo —hice un gesto de niño que se excusa al pedir un dulce—. Me gustaría... me gustaría hojear unos diarios, unos periódicos atrasados, algo de estas fechas...

—Le comprendo —se curvaron sus labios, muy carnosos y muy bien dibujados, en una amable sonrisa de simpatía—. Quiere saber también... cómo sucedió todo. Lo que publicaron los diarios de sí mismo, de su accidente.

—Eso es —asentí, risueño, cogido en falta por la astucia de mi enfermera—. Eso es uno de los asuntos que me intrigan más, Nancy.

—¿Cree que no se excitarán sus nervios leyendo... detalles desagradables del accidente?

—Esté segura de ello —afirmé, encajando las mandíbulas, recordando precisamente «ése» accidente.

Y preguntándome qué sabían los médicos, los periodistas, la Policía misma, sobre sus circunstancias y desenlace. Añadí,

poniendo gesto de honestidad:

—Por cierto, Nancy. Le prometo descansar en cuanto eche una ojeada a todo ello. No soy impresionable, créame.

—Habla de sí mismo conforme a su propia personalidad habitual. Recuerde que ahora pasa por un trance que le cambia sustancialmente en muchas reacciones.

—A pesar de todo, no me afectará. Se lo prometo.

—Bien. Le traeré en seguida esos periódicos. No pierda demasiado tiempo con ellos. Lea un poco, y luego descanse. Más tarde, cuando despierte de nuevo en la noche, para la cena, le permitiré que lea algo más. Sea buen chico, y yo será complaciente con usted. Sea un mal muchacho, y no encontrará cooperación en mí.

Salíó, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Medité sus palabras. «Sea buen chico, y seré complaciente con usted...»

Volvió en seguida, con los periódicos. Los dejó sobre la mesilla y salió, tras dirigirme una mirada significativa, como recordándome su indicación. Yo asentí, también en silencio, y ella me dejó definitivamente en mi habitación, a solas con mis periódicos.

Busqué febrilmente uno de fecha 23 de diciembre. En uno de ellos debía venir la noticia.

Encontré uno, doblado por las páginas de tiras cómicas y deportes. No me interesaba el béisbol, ni tampoco el fútbol de la Liga profesional. No me interesaba en absoluto nada de todo eso. Ni siquiera Dick Tracy, *Flash* Gordon, Batman o Modesty Blais [1].

Busqué los sucesos. La página tercera era la habitual. Leí allí. Sorprendido, vi solamente las noticias referentes a cuatro sucesos, todos ellos sangrientos y dramáticos. Un doble asesinato en Michigan; un accidente ferroviario en Vermont, a causa de las últimas nevadas, con algunas víctimas, de ellas cuatro muy graves; un suicidio en Albany, utilizando el gas ciudadano para la muerte. Y, finalmente, un accidente de automóvil, también en el Estado de Nueva York, cerca ya de Pennsylvania. Un accidente que muy bien hubiera podido ser el mío, de no darse la circunstancia de que el hombre malherido, quemado en el coche siniestrado, y que en estado de gravedad fuera internado en un establecimiento sanitario local, denominado Hudson Center, no se llamaba ni siquiera como yo o parecido, sino que su nombre era Elmer Friedman, un hombre

sin trabajo, de malos antecedentes por cierto.

Sacudí la cabeza. Aparte de que al tal Friedman también se le habían quemado las manos en el accidente, aquello no tenía el menor punto de contacto conmigo. Busqué en vano alguna otra noticia. No venía ninguna. Ninguna en absoluto.

Irritado, volví páginas y páginas, sin hallar nada. Al fin, dejándolo por su primera plana, lo arrojé a un lado, disponiéndome a tomar otro diario.

Fue entonces cuando lo vi. Allí, en la primera plana. En letras rojas, porque el diario se editaba en páginas bicolor, y los titulares eran rojos y negros.

Leí a distancia el espectacular encabezamiento de la primera página. Y las letras bailotearon ante mí, como en una grotesca e imposible danza, fueron como el anuncio de algo imposible, remoto y fantástico.

«AGENTE FEDERAL MUERTO EN ACCIDENTE.

ROBERT KANE, DEL F. B. I., HALLO LA MUERTE
AYER, EN MONTICELLO, CERCA DEL RIO GRANDE.

UN INFORTUNADO ACCIDENTE DE AUTOMÓVIL
TERMINO CON SU VIDA VIOLENTAMENTE.

SU ESPOSA ANUNCIA QUE LOS FUNERALES
TENDRÁN LUGAR DESPUÉS DE LA NAVIDAD».

Robert Kane. Agente federal. Muerto en accidente de automóvil.

La señora Kane anunciaba los funerales para después de Navidad. Ya se habrían llevado a cabo.

Robert Kane. Muerto...

Y Robert Kane ERA YO.

II

ERA otro diario. Del día 23 de diciembre.

También en primera plana. Al parecer, yo era un tipo importante. Al menos lo había sido en MI muerte.

Las fotografías aparecían en primera plana, bajo los titulares de rigor:

«FUNERALES POR ROBERT KANE, DEL F. B. I.».

Allí estaba Hazel.

Hazel, mi esposa. Ante un féretro, un túmulo funerario, una tumba... Le sentaba bien el luto. Estaba hermosa. Lloraba. Como si realmente yo estuviera allí metido, en aquel ataúd.

Era enloquecedor. Y era absurdo. Era ridículo, sin sentido.

Hazel, llorando por mí. Por el muerto. Y yo estaba vivo.

¿Qué es lo que había sucedido? ¿Qué es lo que estaba sucediendo?

Contemplé las fotografías. Me pregunté cómo era cosible todo aquello. Era una locura, una estupidez. Yo no estaba muerto. Yo no podía estar dentro de un ataúd, dentro de una fosa. Yo no podía hacer llorar a Hazel.

Recordé las palabras de Nancy: «Su esposa telefoneó interesándose por usted. Parecía muy preocupada...». «Sí, entiendo que ella debió venir a verle aquí...»

Telefoneando. Interesándose por él. Debió ir allí... Pero ¿no estaba ahí mismo en aquel periódico, enlutada y llorando? Llorando justamente por él... Nadie va a visitar a un muerto a una clínica, tras un funeral y un entierro. Nadie va a telefonear al que se ha ido para siempre...

Me froté las sienes, desesperado. Robert Kane era yo.

Naturalmente que era yo. Podía cambiar mucho mi memoria, podía sufrir amnesias temporales, «*shocks*» y toda clase de raras consecuencias. Pero incluso estando loco, demente, hubiera sabido quién era. Robert Kane. Agente federal. División de Leyes Federales. De permiso navideño. Casado con Hazel Kane, de soltera Hazel Ballow.

Era yo. YO. Pero estaba muerto. Muerto por accidente de automóvil. Muerto en Monticello, cerca ya del Delaware, donde el río hacía divisoria con Pennsylvania.

¿No era para volverse realmente loco?

Leí con mayor interés la noticia. Debajo del gran titular había otros titulares. Patéticos todos. Emocionantes. Pero tuvieron la virtud de enfurecerme más. Lo que de otro modo hubiera resultado enternecedor, para mí tenía toda la apariencia de una enorme monstruosidad, de una majadería, de una ridiculez carente por completo de sentido:

«NUMEROSA ASISTENCIA AL FUNERAL.
COMPAÑEROS DE ROBERT KANE LE DEDICARON SU
POSTRER HOMENAJE AL COMPAÑERO CAÍDO.

UNA DUDA EN LA OPINIÓN PUBLICA: ¿FUE
ACCIDENTE REALMENTE. O ALGUIEN TUVO INTERÉS
EN ASESINAR A ROBERT KANE, POR CAUSAS
RELACIONADAS CON SU PROFESIÓN AL SERVICIO
DEL GOBIERNO?».

Me sentí enfadado. Profundamente enfadado, es la verdad. La gente tiene siempre un peculiar empeño en dramatizar las cosas. Al diablo la literatura, al diablo el tremendismo y lo sensacionalista. Nada de eso era verdad. No ya la muerte, MI muerte, que era una mentira colosal, sino que nadie podía tener el menor interés en liquidar a un agente federal de vacaciones.

Sencillamente, ellos creían que yo estaba muerto. Eso era todo. Eso lo explicaba todo.

Había ocurrido otras veces. En el cine, en las novelas, en la propia realidad. Bastaba un error, un simple error, y todo se complica. Alguien cree identificar un cadáver, y todo viene rodado. Sólo eso: identificar un cadáver. Desde ahí, las cosas se van complicando y...

UN CADÁVER.

«Identificar un cadáver»... ¿Era ésa una idea mía? ¿Se me había ocurrido realmente a mí?

De cualquier modo... es que HABÍA UN CADÁVER.

¿QUIEN?

Eso era ya algo; un cadáver...

¿Quién era el cadáver? ¿Quién FUE? Hazel podía equivocarse. Era humana, y todos los humanos tienen derecho a equivocarse. Pero siempre cabe la equivocación ante un cuerpo sin vida, no ante la nada, el vacío o un simple montón de hierros retorcidos, como parecía ser todo lo que quedó de aquel coche, el que yo ocupaba cuando tuvo lugar... el accidente.

Era preciso seguir leyendo, olvidar mis propias deducciones, mis cálculos mentales. Era necesario saber, ante todo, qué había sucedido aquel veintidós de diciembre, en las heladas carreteras del Estado de Nueva York...

«El suceso doloroso y lamentable tuvo su epílogo hoy, en el cementerio del Bronx, adonde fue trasladado, por voluntad de su viuda, el cadáver de Robert Kane, agente especial de una División Federal...»

Así comenzaba el artículo. Era macabro, sobre todo pensando que era yo el que lo estaba leyendo. Yo, el muerto.

Proseguía luego:

«Hazel Kane, viuda del federal Kane, asistió a las honras fúnebres por su esposo, acompañada del inspector federal Kent Lehman y de otras personas adscritas al F. B. I. El agente Paul Cooke, camarada de Kane, presidió, con la viuda y con el inspector Lehman, todas las ceremonias penosas y dramáticas del trance. La cuñada del difunto Kane, la joven y bella Linda Ballow, acompañaba a su hermana Hazel durante toda la ceremonia.

»Fue numerosa la asistencia de amigos y compañeros del federal muerto infortunadamente en un viaje de permiso para reunirse precisamente con su esposa en Binghampton, Estado de Nueva York, lugar

donde vivía la viuda, y donde se enteró de la fatal noticia.

»Los restos del agente federal Robert Kane, lamentablemente dañados por la magnitud misma del accidente, pasaron a reposar en el panteón familiar de los Kane, en el Bronx Cementery, donde ahora dormirá el eterno sueño de los justos».

Y un cuerno.

Yo no dormía en absoluto, fuese justo o injusto mi proceder en este mísero mundo. Por el contrario, erguido en la cama, faltaba a la más elemental regla de honestidad al no obedecer mis promesas a la señorita Nancy, para dedicarme a leer aquella seria de inconcebibles, monstruosas e inexplicables aberraciones que me daban por muerto en todo el sentido de la palabra.

Mi mujer podía equivocarse. Mi cuñada también. Pero ¿se equivocaría el inspector Lehman? ¿Se equivocaría mi compañero Cooke?

Lo veía muy difícil. La lógica más elemental me decía que no. Pero esa misma lógica tan elemental me decía, en tal caso, que yo estaba enterrado ahora en el cementerio del Bronx. Y nada más lejos de la realidad. La lógica más elemental se equivocaba miserablemente en este caso.

Seguí leyendo:

«Uno, que conoció bien a Robert Kane, se preguntaba ayer, ante este patético espectáculo del Bronx Cementery: ¿es posible que un hombre como Kane muera así, estúpida y oscuramente, en un permiso cualquiera de cualquier Navidad? ¿No sería más lógico pensar, aunque el propio F. B. I. lo haya desmentido categóricamente, que Robert Kane estaba investigando por entonces un asunto cualquiera de su jurisdicción y que alguien, aprovechando su marcha de esas navidades, fuera de Nueva York, haya atentado contra su vida criminalmente?

»Yo, señores, me pregunto: ¿No es cierto que Robert Kane pudo saber algo contra alguien, y éste fue lo bastante astuto y lo bastante poderoso como para llevar

a cabo su acción asesina contra Robert Kane?

»Yo, señores, a la vista de estas circunstancias, no me permito solamente preguntar o dudar, sino que ACUSO: acuso a alguien desconocido, alguien que se oculta en el anónimo, de intentar y conseguir el asesinato del federal Kane. Diga lo que diga el F. B. I. Diga lo que diga su familia. Digan lo que digan otros compañeros de la Prensa.

»Yo, señores, acuso: esto es un crimen. UN CRIMEN».

Y firmaba Gary McNally.

Gary McNally. Había oído hablar de él a veces. Un periodista audaz, astuto, duro y agresivo. Inquebrantable como una roca y afilado como el filo de una navaja. Supongo que así son los verdaderos reporteros. Al menos, los que hacen carrera. Un noventa y siete por ciento de audacia, un dos por ciento de inteligencia y un uno por ciento de integridad moral. Un periodista perfecto.

Eso era Gary McNally. Por eso había escrito semejante bazofia.

Nadie quería matarme. Nada tenía yo pendiente con hampón alguno. Nada de nada. Sencillamente estaba de permiso. E iba a reunirme con mi esposa. Sólo eso, cuando algo falló en el coche.

Y ocurrió el desastre. Y yo... yo encontré la muerte.

Es lo que decía el diario. Era mentira, pero es lo que decía. La razón de todo ello no la entendía aún. McNally acaso tenía alguna razón para escribir lo que había escrito.

Gary McNally dijo que me habían asesinado. ASESINADO.

Era posible. Un policía siempre tiene enemigos. Un policía federal, más aún. Estamos mezclados en muchos problemas, en muchos asuntos que implican a una serie de personas importantes, a veces influyentes, casi siempre poderosas, crueles, capaces de todo. Sólo que yo no recordaba a nadie capaz de quererme asesinar.

Tiré todos aquellos diarios, con exasperación. Nada de eso tenía sentido. Nada tenía lógica alguna.

Creo que entonces, por vez primera, me sentí realmente cansado, molesto, irritado, vencido, agotado.

Incluso llegué a dormirme, como mi enfermera Nancy me había pedido tan encarecidamente. Ella hubiera sido feliz viéndome dormido.

Yo no pude serlo.

Sencillamente, porque mi sueño estuvo lleno de pesadillas. Pesadillas de sangre y de muerte. Sobre todo de muerte. De mi muerte.

—¿Cómo va eso?

—Mejor —sonreí—. Mucho mejor.

Nancy me contempló complacida. Evidentemente, mis noticias le llenaban de agrado. Me estudió, antes de responder con tono paciente:

—Eso es excelente, Elmer. Me alegra que esté mejor que ningún otro día anterior desde que ingresó en el Hudson Center, ELMER.

Me había llamado Elmer. Eso me hizo recordar algo, pero no supe qué. Solamente sabía algo: no me llamaba Elmer. ¿Por qué dijo ella eso?

—Sí, empiezo a sentirme fuerte —mentí fríamente—. Creo que es un buen indicio.

Estaba haciendo de tripas corazón. Dominando mis sentimientos, mis emociones, mis reacciones todas. Estaba haciendo algo realmente difícil, porque ni siquiera yo mismo sabía lo que estaba sucediendo, pero temía que era algo malo. Ella me había llamado Elmer. Yo, como Robert Kane, estaba muerto. Todo eso tenía una relación. Tenía que tenerla.

Desde un principio había elegido una actitud, un modo de comportamiento, y estaba respondiendo a él. Hubiera podido encararme desde el principio con Nancy, preguntarle quién era yo, qué era lo que estaba sucediendo y todo lo demás.

En vez de eso, partí de una premisa indiscutible: se me daba por muerto. Yo, por tanto, no era en modo alguno yo mismo. Robert Kane no era Robert Kane. No para Nancy, para el Hudson Center, para el periodista McNally, ni siquiera para mi esposa Hazel, mi cuñada Linda o mis amigos del F. B. I., el inspector Lehman y el agente Cooke.

Para todos yo había muerto. Bien. Podía ser puro accidente, error, circunstancia casual. Pero era un hecho. Protestar sobre ello o aducir la realidad cruda de los hechos, podía ser una gran cosa. O una estupidez. ¿Por qué no dejar que las cosas siguieran su curso?

Y es lo que hice. Y las cosas siguieron su curso.

—Elmer, ¿leyó los periódicos?

—Sí, los leí —asentí amargamente.

—Vería las noticias sobre su accidente.

—Mi accidente... —De súbito recordé, sí. Recordé una noticia perdida en la página de sucesos, lejos de la primera página donde Robert Kane, del F. B. I aparecía a bombo y platillo en la hora de su muerte. Asentí, excitado—. Oh, sí, sí... Claro que o leí. Elmer... Elmer Friedman. Herido en accidente...

—Eso es. Elmer Friedman. —Nancy me miró con cierta comprensión—. No debe sentirse preocupado por mí. No todo el mundo tiene trabajo. No todos poseen la oportunidad de ser algo importante en la vida. Estoy segura de que no fueron justos con usted en los comentarios periodísticos. Usted no parece responder a lo que dicen de su persona.

Traté de recordar lo que decían de mi persona: «Desocupado, sin trabajo, no buenos antecedentes...». Bendita chica aquella Nancy. Era encantadoramente ingenua, o sumamente piadosa.

—Gracias —dije modestamente, como si de veras me sintiese anonadado—. Es hermoso que alguien vea en uno...

—Yo creo en usted, Elmer. Le he tratado estos días. Amnésico o no, me ha parecido un hombre excelente. Comprendo que haya mentido en lo de las vacaciones navideñas y todo eso. Hizo bien. Yo hubiera hecho igual, en sus circunstancias.

De modo que ella seguía pensando que era mentira. Que yo no sólo tenía vacaciones de Navidad, sino de todo el año. Bien. Que lo creyera. Eso no iba a alterar mi fría actitud ante la extraña, curiosa, sorprendente realidad.

—Mi esposa... —hablé lentamente, sin dejar de mirar a Nancy—. Mi esposa, cuando llamó..., ¿desde dónde lo hizo?

—Naturalmente, desde donde ella vive. Nueva York, Elmer. Llamó desde la ciudad misma. ¿Por qué hablar de eso?

—Me gusta hacerlo. Ella... ella daría su nombre al llamar...

—Naturalmente. Lorna Friedman. Así dijo llamarse...

—Lorna... —medité rápidamente—. Claro, Lorna... Era ella.

Ni siquiera había oído antes el nombre de Lorna. A no ser que mi memoria siguiera jugándome malas pasadas, y hubiera otros puntos de mi mente bloqueados, borrados por el olvido. Lorna. Lorna Friedman, esposa de Elmer Friedman. Y había telefoneado interesándose por mí. Pensando que yo era Elmer, su marido.

Entre tanto, Hazel lloraba por mí...

Todo eso carecía de sentido. Desde un principio. Cosas así no suceden nunca en la vida real. Uno no está muerto sin estar bajo tierra. Uno no se llama de otro modo, uno no cambia de existencia con nadie.

Sin embargo, ése parecía ser, justamente, mi caso.

—Ella..., ella ¿dijo algo más? —mis preguntas eran cautas, cuidadosas, muy lejos de cualquier improvisación o impulso instintivo. Tenía que moverme con cautela, con la mayor prudencia en aquel laberinto que mi mente y los sucesos habían formado en un mutuo y perfecto acuerdo para volverme loco.

—¿Su esposa? —Nancy parecía disgustada con el tema. Movi6 sus hombros con fatiga, en un encogimiento instintivo—. No mucho, ya se lo dije. Elmer, no debe torturarse, no debe exigir que ella se comporte de otro modo. Por su voz, por su modo de hablar..., me pareció una chica desconfiada de todo, decepcionada de muchas cosas...

—Y, entre ellas, de mí —sugerí valientemente.

—Por favor, no lo tome así —pidió Nancy, vivamente—. A veces, todo eso es solamente cuestión de compatibilidad, de mutua comprensión... No se sabe nunca de quién es realmente la culpa...

—Usted pensará, como mujer, que la culpa es mía.

—No pienso nada —cortó la enfermera vivamente. Me sonrió, alentadora—. Vamos, trate de entenderme. No soy quién para juzgar ni opinar. Si realmente pensara que usted puede defraudar a una mujer, se lo diría sinceramente, al hacerme la pregunta. Pero no es así. Creo que ella puede ser la equivocada.

—¿Lo cree? —Sonreí con ironía, siempre bien despierta mi mente, siempre tratando de ahondar, de averiguar algo, bajo mi actual, falsa e inexplicable identidad de Elmer Friedman.

—Lo creo, sí —sostuvo ella, rotunda. Me desafi6 con su mirada, y yo bajé la cabeza. Entonces me sorprendió vivamente su pregunta —: Ella, Lorna... es... es... mulata o mestiza, ¿no es cierto?

—¿Mulata? —inquirí con viveza.

—Sí... ¿Lleva sangre negra, es de mezcla de razas? Su voz, su cadencia, su modo de hablar, así lo revelaban...

—Mulata... —La noticia era naturalmente nueva para mí. No tenía la menor idea. Ni siquiera conocía a Elmer Friedman. Nunca

había oído hablar de él antes de ahora. Pese a ello, traté de contemporizar, sin definirme mucho—: Bueno, usted sabe cómo son estas cosas... De cualquier modo, nunca tuve prejuicios raciales. ¿Usted sí?

—No, nunca —negó ella, rotunda—. Nunca, Elmer. Las personas que estamos en esta profesión, solamente catalogamos a las personas conforme a una condición: graves, muy graves o sin remedio... Ésa es la única discriminación al atenderles. Lo demás, no cuenta. El color, menos que nada.

—Sabía que pensaría así —sonreí—. Usted es maravillosa, Nancy. Se lo digo con toda sinceridad.

Y era Robert Kane quién hablaba ahora, no Elmer Friedman, por supuesto.

—Gracias —se ruborizó ella vivamente. Sin mirarme siquiera, lanzó su pregunta. Acaso era una pregunta que la preocupaba desde hacía tiempo—: ¿Se lleva bien con su mujer?

Mi mujer... Claro que sí. Yo me llevaba muy bien con Hazel. Pero no era YO quien respondía. Era Elmer. Y la respuesta no podía saberla, aunque la intuía, conforme a los hechos que iba conociendo.

Me encogí de hombros. Parecí confesar algo muy oculto, muy íntimo:

—Nancy, la vida está llena de dificultades, de diferentes criterios...

—Está bien —me cortó ella de repente, apoyando una mano en mi brazo, con energía—. No siga. No quiero saber nada más. Era solamente una pregunta profesional. Quiero ayudarle. A veces, la salud física va muy ligada a la salud mental y psíquica...

—Supongo que ése es mi caso —sonreí, diciendo tan tranquilo la gran mentira—. Debo suponer muchas cosas que aún están claras para mí. Por ejemplo, ese coche... El vehículo donde me... me quemé las manos y sufrí mis heridas. ¿Sabe usted cómo pudo suceder? Todo ello está tan borroso para mí...

—Claro que sé lo que sucedió. Me lo ha referido la Policía varias veces. Y la gente de este lugar. Usted tuvo mala fortuna. Su coche se fue ladera abajo, cerca del Delaware. Se pudo haber hundido en un canal, pero acaso entonces hubiera muerto ahogado. Lo cierto es que salvó el canal y se estrelló al otro lado. Se incendió

rápida­mente. Pudieron sacarle cuando el coche ardía violentamente, y usted tenía ya sus manos abrasadas, y ardían sus ropas de forma horrible. Pudieron apagar ese fuego, llevarle lejos antes de que estallara el depósito de gasolina... Luego le trajeron aquí.

—¿Fue todo?

—Fue todo. Sucedió ello en la milla ciento veintinueve de la carretera de Binghampton.

—Binghampton... —Eso sí que me traía recuerdos. En Binghampton vivía Hazel, mi esposa. Mi auténtica esposa, no la posible mulata Lorna Friedman. Hazel, en suma. Y camino de Binghampton, no lejos de Monticello, había «muerto» Robert Kane, el federal.

—El comisario de Monticello, Derek Moore, es quién se ocupó de usted. Le hizo traer aquí, tras ser salvado por unos ciudadanos. Cuando quiera detalles más amplios de su caso, pregúntele a él. Seguro que tendrá una noción más perfecta de los hechos que la que yo pueda ofrecerle.

—Sí, lo recordaré —asentí, profundamente pensativo—. Es posible que cuando salga de aquí pueda hacerle preguntas...

Nancy afirmó también, muy convencida. Ella no podía saber, no podía sospechar. Yo haría preguntas. Tenía que hacerlas. Alguien tenía que explicarme por qué Robert Kane estaba oficialmente muerto, por qué yo era un cadáver. Y por qué me llamaban Elmer Friedman. Y por qué Hazel lloraba y Lorna me telefoneaba. Y por qué un coche se había incendiado conmigo dentro, y yo no lo recordaba en absoluto.

Y por qué había alguien enterrado en el Bronx, con mi nombre. Y por qué en las listas del F. B. I., mi nombre estaba dado de baja. Y por qué Hazel vestía de luto, y yo tenía las manos tan quemadas que ni siquiera podían tomar mis huellas dactilares para identificarme.

Todo eso tenía que saberlo. Tenía que averiguarlo, llegar al fondo de la cuestión, fuese ésta cual fuese.

Era fácil pedir el teléfono, llamar a la Oficina Federal de Investigación y decirles que estaba vivo, llamar a Hazel y pedirle que se quitara el luto y dejase de llorar... Era fácil todo eso. Demasiado fácil.

No era el camino. No. Si yo estaba muerto, acaso valía la pena que siguiera estándolo. Si un tipo llamado Gary McNally, de profesión chupatintas, había dicho que alguien intentó asesinar —y acaso «asesinó»— a Robert Kane, podía ser cierto. Entonces, el que lo intentó una vez y fracasó, podría intentarlo dos veces y acertar. Entonces, sí sería cierto. Entonces sí sería yo un simple cadáver.

Entonces estaría realmente muerto. Eso, no me interesaba.

Era mejor seguir muerto. Seguir siendo un cadáver. Seguir investigando.

Y seguir siendo Elmer Friedman, para bien o para mal, hasta que la mentira se cayera por sí sola en alguna parte.

—Le dejo —habló Nancy—. Es mejor que descanse otro poco, Elmer.

Ni siquiera le hice caso apenas. La muchacha se fue de mi habitación, dejándome solo. Me tendí en el lecho. Respiré profundamente y cerré los ojos.

Medité. Traté de recordar. Recordar lo que había sucedido antes de ahora, antes de verme internado en el Hudson Center.

No sabía nada de Elmer Friedman. Pero sí sabía mucho de Robert Kane, de sus vacaciones navideñas y todo lo demás.

Lo sabía. Y lo recordaba ahora fácilmente, tras aquel lapso de diez días en blanco.

Lo recordé. Lo evoqué. Lo reconstruí todo en mi mente, con los ojos cerrados.

Desde que abandoné la oficina en Nueva York, hasta que dejé de pensar y de recordar cualquier otra cosa.

Desde que obtuve mi permiso de Navidad. Desde entonces, hasta que desperté realmente a la realidad, a la consciencia y al recuerdo, en presencia de Nancy, mi bella enfermera rubia de breve cintura, de bonitas pantorrillas.

Lo recordaba todo. Absolutamente todo, desde que el inspector federal Kent Lehman me había dicho:

—Hasta el próximo año, muchacho. Y felices fiestas navideñas...

III

HASTA el próximo año, muchacho. Y felices fiestas navideñas...

Era el 22 de diciembre. Estaba nevando con fuerza en la calle.

Pero yo tenía que ir a Binghampton. Era necesario ir, porque Hazel me esperaba allí, con todo dispuesto para la Navidad. Las carreteras estarían intransitables y difíciles, realmente horribles para cualquier desplazamiento. Sólo que eso no me servía como excusa. Tenía que ir, e iría. Además, no hubiera aceptado excusa alguna. Sencillamente, deseaba ir. Quería ir. Ansiaba ir. Hazel era el motivo. Hazel era todo.

Había estrechado con fuerza la mano fuerte del inspector Lehman. Era un buen hombre, todo un tipo. Mi superior, mi amigo, mi camarada. Todo en una pieza. Un hombre íntegro, un federal perfecto. Además de todo eso, era mi maestro, el hombre que me enseñó a ser alguien. Yo no era tanto como él, ni siquiera lo pretendía. Me conformaba con tener sencillamente su honestidad. Era suficiente. Era, incluso, demasiado. Creo que nunca conocí a nadie tan honesto como él.

—Espero que usted sea también feliz en estas fechas —dije, antes de marcharme de la Oficina Federal de Investigación.

—Yo también lo espero —suspiró, meneando la cabeza—. Pero no creo que ello suceda jamás, muchacho. Sencillamente, dejaré de venir a este antro un par de días en todo este tiempo. O acaso tres días, todo lo más. Creo que no podría vivir sin mi visita diaria al trabajo.

—También yo lo creo —reí—. Pero su esposa e hijos no pensarán igual, sobre todo en estas fechas.

—Sí, ellos tienen sus propias razones —convino de buen grado

—. Creo que, pese a todo, me retendrán en casa. E incluso me harán vestir de Papá Noel, con esas odiosas ropas rojas y blancas, la barba de algodón y el calcetín lleno de regalos...

—No diga eso —me eché a reír—. Es un blasfemo. Santa Claus es algo consustancial en estos días. Todos somos algo de Santa Claus en el fondo. Ése es el espíritu de la Navidad, y no debe morir bajo ningún pretexto.

—Muy bien —aceptó él, con un suspiro—. Váyase tranquilo a sus vacaciones, querido Bob. Mi familia, tendrá su Santa Claus. ¿Y la suya?

—¿Pues qué espera? —Gruñí—. Hazel y yo no tenemos hijos, pero tanto ella como mi cuñada Linda, e incluso la buena señora Baker, nuestra doncella..., estarán esperando que llegue Papá «Bob» Santa Claus, para divertirse a costa mía...

Salí de la Oficina Federal, y me lancé abiertamente a la intemperie, a la nieve, el viento y el frío cierzo de Nueva York en invierno. La Navidad, además de blanca, iba a ser cruda e insoportable. Al menos lo parecía. Y eso ya significaba algo.

Era muy posible que mi viaje breve hasta Binghampton no fuese nada grato ni alentador. Pero yo sabía que debía hacerlo, y me decidí a ello lo antes cosible.

Por entonces yo no sabía muchas cosas. Yo no sabía que ese viaje no terminaría jamás. Ni sabía que iba a encontrarme en él a una hermosa criatura llamada Drawn.

Una chica que sería el principio de todo. Una chica que me encontraría en plena carretera nevada. Bajo una temperatura de varios grados bajo cero.

Y haciendo auto-stop.

Haciendo auto-stop.

Así estaba ella cuando la conocí, cuando la vi por primera vez.

Es posible que de haber hecho buen tiempo, jamás me hubiera detenido a recogerla. No soy de esos tipos que se niegan a recoger a un muchacho en plena ruta, y unas millas más allá recogen a una dama en «shorts» o con figura muy llamativa.

Hubiese recogido igualmente a un hombre, en aquellas pésimas, endiabladas condiciones meteorológicas que azotaban la carretera Nueva York- Binghampton. Pero la casualidad, el azar o el destino,

quiso que fuese una muchacha.

Una muchacha como Drawn Palmer.

La recogí. Cualquiera lo hubiera hecho, especialmente siendo hombre. Sólo que apenas transitaba nadie por la ruta en aquel día de todos los diablos con copos como puños cayendo pesadamente, y blanqueando cada vez con mayor espesor la carretera y los campos circundantes.

—Suba —la dije, frenando a poca distancia de ella, algo adelantado—. Vamos, suba. Debe estar helada, si lleva ahí mucho tiempo.

—Casi media hora —tiritó ella, con la nariz enrojecida y las mejillas cubiertas de escarcha, baje los bonitos ojos pardos.

Media hora. Era milagroso que viviera aún, *sir* haberse convertido en una estatua de hielo. Acaso exageraba, pero su rostro era de frío, pese a las ropas de lana, de grueso abrigo y de vivo colorido digno todo ello de una visita a Squaw Valley.

A pesar de la nariz enrojecida, era bonita. Eso significaba ya algo. Y a pesar de sus ropas de lana tenía una hermosa figura.

—Gracias —musitó ella con un hilo de voz, acomodándose junto a mí—. Muchas gracias, señor.

Sentí el roce de su fría lana, cubierta de hielo contra mi propia pierna. A pesar de eso, algo cálido e inquietante se filtraba por encima de ese roce acaso el leve vaho caliente de su propia piel femenina, ardorosa y vibrante, joven y plena de vitalidad.

No sé por qué, empecé a arrepentirme de haberla recogido. Pese a que miré hacia atrás por el retrovisor, y la recta de varias millas me mostró sobre la línea de asfalto y nieve su total soledad, me arrepentí.

No era aconsejable para un hombre joven, casado y enamorado, recoger a una muchacha como aquélla, en medio de un paraje frío, desolado y desértico. Pese a su frío externo, había demasiado calor en su pierna. Me pregunté si sería sólo en su pierna.

Arranqué, con cierto malhumor. Ni siquiera le había preguntado adonde iba ella. Yo me expliqué algo abrupto:

—Voy a Binghampton —dije, seco.

—Perfecto —sonrió ella, animosa—. Yo me puedo quedar en Monticello. En cualquier parador de allá.

—¿Tiene familia cerca? —me interesé—. ¿Va a pasar la Navidad

a alguna parte en particular?

—Sí —confirmó ella. Y, para decepción mía, no explicó gran cosa más—. Voy a pasar la Navidad en cierto sitio. Pero puede dejarme en Monticello.

—Si quiere, la puedo llevar adonde vaya —me ofrecí, demasiado cortés.

—No, gracias —cortó ella, tajante—. No será necesario tanto. En realidad, le estoy molestando. Le molesté desde que se detuvo a recogerme.

—No diga eso —rechacé, molesto porque descubriera mis pensamientos—. Es un acto de simple humanidad, ¿no cree? Hubiera acabado congelada, si yo sigo mi camino. No he visto ni un coche tras el mío, al menos durante veinte minutos.

—No es muy halagador para una chica que se cree bonita, ser recogida por simple humanidad, ¿no cree? —comentó con cierta acritud ella, torciendo el gesto en un mohín delicioso.

—No trato de halagarla —repliqué—. Soy casado, señorita...

—Palmer. Drawn Palmer —se apresuró a explicar ella—. ¿De veras es casado?

—De veras soy casado.

—Bien... Eso no importa, después de todo. Halagar a una chita, no es un delito. Ni un acto de infidelidad conyugal.

—Se ve que no es casada —reí, burlón, sacudiendo la cabeza—. Pregúntele a mi mujer sobre eso, y verá lo que le dirá.

—Ya entiendo —inclinó la cabeza, en un mohín, apoyando su barbilla en la gruesa lana multicolor de su suéter—. Perdone. Le pareceré una chica ligera de cascos, ¿no es cierto?

—Me parece, sencillamente, una chica que tiene frío, y prisa por llegar a alguna parte. ¿Cómo se le ocurrió hacer *auto-stop* con semejante tiempo? ¿Puede fiarse de mí?

—Sí. Tiene cara de hombre honesto.

—¿Se tiene realmente cara de honestidad? —dudé—. He visto a muchos criminales con rostro amable, inteligente, honrado e incluso patético. Pero eran criminales.

—Criminales... —Se estremeció ella—. Por Dios, qué fea cuestión ésa. Prefiero que no hable de ello. Y prefiero pensar que usted no es un caso más de esos que citó.

—Cierto —reí—. No soy un caso más, tranquilícese. Solamente

le mencioné algo, para que nunca se fíe de la apariencia de una persona. La cara, pese a lo que se diga, no es siempre el espejo del alma. Ni mucho menos...

Continuamos viaje por la ruta nevada, a buena marcha. Dejamos atrás un motel que tenía todas las trazas de estar cerrado, a causa de la inclemencia invernal, o posiblemente por la proximidad de las fiestas navideñas.

La nevada iba aumentando paulatinamente en intensidad. Arrugué el ceño. Por momentos se espesaba más, y la carretera estaba realmente difícil. Cerca de Monticello, la ruta discurría entre promontorios. Me pregunté, inquieto, si estaría transitable todo aquello.

No había más que un modo de averiguarlo: seguir adelante. Aparte de que eso era lo único que podía hacer, dadas las circunstancias. Regresar, era una locura, a esas alturas del viaje. Pararse, era condenarse uno mismo a perecer congelado, bloqueado por la nieve. El tránsito se iba haciendo más y más escaso. En la siguiente media hora desde que recogí a Drawn Palmer, no vi más que una camioneta en sentido opuesto, transitando con bastantes dificultades, sin duda intentando llegar a Nueva York, empresa que no sé si sería capaz de llevar a cabo.

—Es estremecedor —dijo ella de repente.

—¿Cómo? —Me volví a mirarla, sorprendido.

—Todo este silencio, esta soledad... Parece una tumba, un lugar lejos de la civilización. Se hace difícil pensar que estamos solamente a unas pocas millas de Nueva York, ¿no le parece?

—En efecto, se hace difícil pensarlo —asentí, con un movimiento de cabeza—. Y lo peor es que esto no lleva trazas de mejorar. Posiblemente no lleguemos ni a Monticello.

—Dios mío... —Me miró con unos ojos enormes, sorprendidos, acaso asustados—. ¿Y qué haremos entonces?

—¿Qué podemos hacer? —Me encogí de hombros—. Permanecer en algún sitio, buscar cualquier lugar donde no morir de frío, si las cosas se ponen mal.

—¿Quiere decir que sería posible... sería posible quedarnos bloqueados, parados en el camino?

—Como posible, es muy posible. Eso es lo que realmente me preocupa.

—Sería espantoso.

—No sería agradable, ciertamente. Sobre todo, tenemos un enemigo implacable: el frío. En cuanto se pare el motor, no habrá quien lo vuelva a poner en marcha. Se congelará. Y nosotros también.

—Tiene que hacer algo, en ese caso.

—Ya lo estoy haciendo, señorita Palmer —sonreí tristemente—. Todavía rodamos, ¿no? Hay algún parador que otro por el camino. Es posible que podamos detenernos en uno, si todo se complica. Pero dudo que entonces pueda llegar a ninguna parte antes de la Navidad.

—Bien, eso sería lo de menos, si como mal menor podíamos ponernos a cubierto del frío, del peligro de congelación... —argumentó ella muy prudentemente.

—Por supuesto —asentí, con un suspiro—. Aún existe algo llamado teléfono. Podría comunicar entonces con mi esposa e indicarle lo que sucede. Al menos, que ella esté tranquila...

—Entiendo lo que sentirá, sobre todo por ella. ¿Tienen hijos?

—No, no —negué—. Llevamos poco tiempo casados. No hay hijos, señorita Palmer. Ella vive con mi cuñada. Y con una vieja señora que cuida de a casa, alguien que es ya casi como de la familia.

—Es hermoso tener familia —suspiró la joven.

—Por supuesto —la miré por el retrovisor—. ¿Usted no la tiene?

—No. Vivo sola. No tengo a nadie en absoluto. Eso es triste.

—Sí, supongo que lo es —sonreí—. Pero pronto, cualquier día, eso tendrá arreglo fácil. Usted se casará. Y todo estará resuelto. Empezará a tener un hogar.

—Casarme... —Se encogió de hombros—. Imagino que será como usted dice.

—Por supuesto. Es joven, atractiva... No cabe la menor duda sobre eso.

—Dijo antes que no quería halagarme —sonrió ella vivamente.

—Bueno, le dije la verdad, simplemente —sacudí la cabeza, divertido—. Usted toma las cosas muy al pie de la letra, jovencita. Por cierto, si no tiene familia, ¿adónde se dirige ahora? Posiblemente sea una pregunta indiscreta, pero tengo curiosidad por saberlo...

—Es una pregunta indiscreta —se echó a reír, y añadió seguidamente—: De todos modos, resulta lógico que lo pregunte. Unos amigos me invitaron a pasar con ellos las fiestas, sabiendo que vivo sola. Acepté. Ahora, me pregunto si no hubiera sido mejor quedarse en la ciudad, y pasarlo a solas, pero sin riesgos en la ruta.

—Tampoco yo creí, al salir de Nueva York, que la nevada sería tan intensa. Y, sobre todo, tan duradera. De cualquier modo, ya saldremos de este lío de alguna manera. No vamos a quedarnos ahí, a dejarnos morir de frío, esté segura de ello.

—Si usted lo dice, le creeré. Tiene aspecto de hombre combativo, enérgico. De esa clase de personas que siempre llegan justamente adonde quieren llegar, ¿no es cierto?

—Al menos, lo intento. Pero no siempre lo consigo, por supuesto.

Seguimos viaje, nuevamente en silencio. Fue poco después, cuando pasamos un indicador, donde señalaba la distancia de diez millas a Monticello, cuando vi lo peor que podía ver.

Ante nosotros, en la hondonada amplia que formaba la carretera, serpenteando entre lomas que cuando no nevaba eran verdes y frondosas, la nieve formaba auténticas masas insalvables.

—Lo que me temía —suspiré, reduciendo la marcha—. No creo que podamos pasar por ahí. Mire, hay varios coches abandonados.

Ella miró. Era cierto. Algunos automovilistas habían sacrificado ya sus vehículos, dejándolos en la cuneta, y ausentándose ellos por su pie, sin duda en busca de algún lugar cercano donde refugiarse. La región no era una zona despoblada precisamente, y ésa era una de nuestras mejores posibilidades, en la situación actual.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —indagó ella, alarmada.

—No lo sé todavía. Si detengo el coche, mantendré el motor en marcha en tanto examino los alrededores. No quiero que nos quedemos bloqueados sin posibilidad de salir de ahí. Posiblemente los ocupantes de esos automóviles tuvieron ocasión de subirse a algún autocar o vehículo de mayor poder. No hay que correr riesgos innecesarios, créame.

—Está bien. Haga usted lo que desee. Confío ciegamente en su propio criterio.

—Gracias —suspiré—. Desgraciadamente, no le queda ninguna cosa mejor en qué confiar. Ni a mí mismo tampoco...

Llegó el momento en que la nieve hacía casi imposible moverse, tal era su espesor. Y continuaba cayendo con fuerza.

Detuve el automóvil, aunque no se me ocurrió cerrar el motor. Trepidaba éste en el helado ambiente. Abrí la portezuela y salí. Drawn se acurrucó, temblorosa de frío. La temperatura no era muy baja, pero quedarse parado en aquel lugar sería como encerrarse en un frigorífico.

—Veamos... —dije, contemplando un lejano cartelón que la nieve tapaba casi por completo—. Parece que aquí hay algo, un indicador de alguna parte...

Subí una pendiente, sobre el crujiente suelo nevado, y me detuve ante el cartelón. Lo limpié a manotazos, apartando la nieve acumulada en su superficie.

Allí había algo.

«MOTEL STORK. PARADOR Y ALBERGUE. A 300 YARDAS».

Una mano señalaba hacia la suave loma, directamente. La mano de una alegre automovilista vestida con un incongruente pantalón corto y una blusa anudada sobre el estómago, que me hicieron tiritar.

Regresé al coche.

—Vamos —señalé—. Hay algo allá arriba.

—¿Como qué? —Se preocupó ella.

—Un motel —dije, enarcando las cejas.

—¿Vamos a ir allá?

—Me parece que no hay otra solución, señorita Palmer.

—¿Los dos?

—Bien, si prefiere quedarse aquí a esperar que pase un helicóptero y la recoja... —comenté con sarcasmo, encogiéndome los hombros.

—¡No, no, espere! —corrió a aferrarme el brazo, cuando vio que me encaminaba resueltamente ladera arriba, tras haber apagado el encendido del motor y haber cerrado las portezuelas—. No me refería a eso, créame. Sencillamente, pensaba sólo en usted.

—¿En mí? —Me detuve y la miré.

—Es usted casado. Yo soy una chica soltera, vamos solos de viaje... y nos paramos en un motel.

—Oh, eso... —Me eché a reír.

—Piénselo bien. Ellos no sabrán si realmente yo hacía *auto-stop* o es sólo un pretexto. Nos verán llegar juntos. Y aunque nos separemos y lleguemos de uno en uno, no ahuyentaremos sus sospechas, no me gustaría que su esposa se enterase un día... y pudiera demandarle para un divorcio, por mi causa.

—Tiene razón, —convine, más por tranquilizarla que por otra cosa—. No podremos evitar despertar sospechas adonde vamos. Yo pienso ahora en usted misma, en su propia reputación.

—No me importa eso demasiado, créame.

—A mí, sí. Es preferible tomar precauciones para que no se hagan una falsa composición de lugar, muchacha.

—Debería utilizar usted un nombre supuesto cara inscribirse en ese motel. Y yo también.

—Conforme —acepté—. Lo haremos así.

Realmente, no pensaba hacerlo, pero eso la tranquilizaría respecto a mí, si era cierto que tanto le preocupaba mi situación.

Echamos a andar hacia arriba, remontando la ladera nevada. Al otro lado de la loma había una ondonada. Y otra loma, algo más allá, nos mostró la estructura amistosa y acogedora de un motel, ante el cual había parada una furgoneta con una grúa, y un mecanismo para apartar la nieve. Posiblemente si la nieve cedía en intensidad, aquella gente nos podría ayudar a salir del atasco, pero yo no creía, personalmente, que eso pudiera ocurrir antes del día siguiente.

Resueltamente, el «Stork Motel» era nuestro refugio actual e inevitable. La noche del 22 de diciembre iba a perderla lastimosamente, lejos de Hazel. En un parador de carretera, con una muchacha desconocida a mi lado. Un muchacha bonita, joven y soltera.

Realmente, Drawn Palmer había tenido razón en algo. Mi posición en estos momentos no era demasiado sólida. Si Hazel llegase a conocerla, aún lo sería menos.

Y ella tendría toda la razón para sospechar lo peor. Mi peripecia de aquel viaje, no podía negarse que tenía visos de puro vodevil picaresco, aunque por mi parte fuese totalmente ingenuo e inocente al respecto.

Suponía que igual ocurría por parte de ella, de la joven Drawn

Palmer.

Pero..., ¿era realmente así?

IV

EL motel estaba regentado por una mujer.

Dijo ser la propietaria. Se llamaba Sue Hart.

Me quedé contemplando a la hostelera, diciéndome que debía ser aquél mi día de suerte. Al menos, en lo relativo a las mujeres que se cruzaban en mi camino, ya que no en otra cosa.

Sue Hart era joven, no muy lejos de la treintena. Era alta y arrogante, tenía un cabello negro, tan negro como sus ojos centelleantes, en torno al rostro levemente bronceado, sensual y lleno de picardía.

Vestía ropas oscuras, lo cual realzaba su figura, ella lo sabía perfectamente.

Sue Hart era algo muy serio, y creo que Drawn pensó exactamente lo mismo al verla.

—De modo que la nieve les bloqueó en el camino, ¿no es cierto? —Fue su primera pregunta.

—Exacto —asentí—. Hay otros coches abandonados. Supusimos que estarían aquí también sus ocupantes...

—Supusieron mal —cortó ella secamente, clavados en mí sus oscuros, relampagueantes ojos—. Vinieron todos, pero había un autocar y se marcharon en él. Posiblemente no puedan retirar de ahí los coches hasta después de Navidad. No me sorprendería absolutamente nada, créame.

—A mí tampoco —suspiré—. ¿No hay otro autobús o un coche adecuado para llegar a Monticello o a Binghampton?

—No, ya no —seguía estudiándome con desconfianza, que aumentó de grado cuando su mirada se fijó en Drawn—. Tendrán que quedarse aquí.

—Es lo que me temía —dije.

—¿Son matrimonio?

—No, por Dios.

—¿Novios acaso?

—No, no —sonreí.

—¿Familiares, parientes acaso?

—Tampoco.

Sue arrugó el ceño. Drawn me contemplaba suplicante, esperando lo que tuviera que decir al respecto.

—Esta jovencita practicaba *auto-stop* —expliqué—. La recogí en mi coche, para llevarla a Monticello. No iba a dejarla ahora en la carretera, o dentro de mi coche, para recogerla mañana convertida en una estatua de hielo.

—No, por supuesto. —Sue Hart se golpeó los rojos labios con la extremidad de su lápiz metálico, sin dejar de estudiarnos casi agresivamente—. ¿Es cierto eso que ha contado usted, señor...?

—Kane —dije con total honestidad, pese a lo que prometiera a la joven Drawn por el camino—. Robert Kane, señorita Hart.

—Bien, señor Kane. Le pregunté si era cierta esa historia del *auto-stop*.

—Le dije que nadie la creería —se quejó plañideramente Drawn.

—Tienen que creerla —manifesté—. Es la pura verdad. Me gusta siempre la verdad. Conduce a mejor puerto que una buena mentira. No ocultamos nada, señorita Hart. Puede aceptarnos o rechazarnos. Allá usted. Lo que sí es seguro es que tendrá que darnos techo, por simple humanidad. Seamos quienes seamos nosotros dos. Pero le repito que no hay nada en todo esto. Sólo un incidente de ruta.

—Usted es casado, señor Kane —dijo ella fríamente, señalando mi alianza matrimonial en el dedo anular.

—Sí —sonreí—. ¿Tiene algo de malo?

—Me pregunto qué diría su esposa si conociera este... incidente de ruta.

—No crea. Yo también me lo estoy preguntando desde el principio —me eché a reír.

Finalmente lo logré.

Sue Hart también se echó a reír abierta, cordialmente, de forma inesperada. Se inclinó hacia nosotros, tendiendo el libro-registro.

—Está bien —dijo—. Dadas las circunstancias climatológicas, no voy a meterme en más honduras. Por otro lado, usted parece

sincero, señor Kane. Espero que lo sea, por la reputación de mi negocio al menos. Jovencita, ¿su nombre?

—Drawn Palmer. Trabajo en Nueva York. Voy a Monticello primero y luego desde allí a Ellenvilie, donde me esperan mis amigos para pasar la Navidad.

—Posiblemente tendrá que pasarla aquí —rió Sue alegremente—. Si el tiempo no mejora, veo difícil que salgan de su atasco, señores...

Firmé en su libro-registro con mi nombre auténtico. Ella también. Observé su modo de mirar mi firma, y me di cuenta de que Drawn me contemplaba con expresión indefinible, en tanto la hostelera nos tendía dos llaves.

—«*Bungalow*» dos y «*bungalow*» seis.

Salimos de recepción, cruzando el inclemente exterior, por entre rectángulos de césped cubiertos de nieve, hacia la doble hilera de «*bungalows*» del motel. Todo aparecía singularmente desierto. A excepción de Sue Hart y nosotros, no vi a nadie más por allí.

Aquel motel estaría muy concurrido en épocas más propicias del año, pero actualmente distaba mucho de ser así. El invierno debía ser mala temporada para el negocio. Todo estaba descuidado, bastante abandonado.

Nos separamos Drawn y yo, frente al «*bungalow*» dos, que es el que ella ocuparía.

—Hasta más tarde —me despedí—. Cenaremos y nos retiraremos a descansar. Quiero ver si es posible hacer viaje por la mañana. Luego telefonearé a mi esposa desde aquí.

Drawn me miró con afecto, dibujando una tímida sonrisa en su rostro.

—Al final utilizó nombre falso, ¿no es cierto? —preguntó.

—No —negué—. Robert Kane es mi nombre, ¿no se lo había dicho?

—No, no me lo dijo —me contempló, sorprendida—. ¿De veras que ése es su nombre verdadero?

—Por supuesto. ¿Por qué había de mentirle?

—Sí, claro —entornó los ojos, con rara expresión—. ¿Por qué habría de hacerlo? Hasta luego, Kane.

—Hasta luego, Drawn —me despedí.

Y me encaminé a mi propio «*bungalow*».

Hubo malas noticias antes de cenar.

—Siento que no pueda usar el teléfono —dijo Sue Hart—. Al parecer, hay avería.

—¿Avería?

—Algún poste debió abatirse, por causa de la tormenta de nieve, o cosa parecida. Pruebe usted mismo, pero no funciona en absoluto.

Probé. Ella tenía razón. No había comunicación telefónica con ninguna parte. El aparato ni siquiera daba señal para marcar.

Me sentí más solo, más aislado que nunca. Y más lejos de Hazel de lo que jamás pude estarlo.

—Ella pensará lo peor —dije, regresando a la mesa donde Sue Hart había dispuesto la cena, en el pequeño, desierto comedor, donde la temperatura era agradable, gracias a una gran chimenea de leña que ardía alegremente, con chisporroteos muy gratos al oído.

—Todo se pone mal, Kane —habló Drawn con un suspiro—. No le he traído demasiada suerte después de todo.

—No diga eso —rechacé—. Me hubiera ocurrido exactamente lo mismo viajando solo. Y aún hubiera sido peor. Al menos, tengo con quién charlar con quién cambiar impresiones...

—Algún día su esposa sabrá que pasó una noche en un motel, junto a una chica soltera y desconocida. ¿Qué pensará ella ese día?

—Eso sucederá pronto —sonreí—. Cuando vea a Hazel, le contaré todo esto.

—¿De veras? —Abrió mucho sus ojos—. ¿Usted hará eso?

—Por supuesto. Nunca le oculté nada a ella. No hay por qué obrar de modo diferente en esta ocasión.

—Le admiro, Kane. Hace falta valor para afrontar las consecuencias de... de algo tan difícil de referir a una esposa.

—Hazel es mujer, a fin de cuentas. No creo que su fe en mí sea ciega, pero es inteligente y confía en mí. Sabrá que las cosas son como yo se las cuento. No podría ocultarle la verdad en modo alguno.

—Me gustaría encontrar un hombre como usted el día que yo me case —suspiró Drawn—. Pero sera difícil encontrarlo, estoy segura.

—Usted creo que merece todo lo bueno, muchacha —sonreí—. Me parece una gran chica.

Se quedó mirándome, pensativa. Sue Hart había servido ya una sopa caliente que nos venía muy bien, con aquella temperatura en el exterior. De repente, Drawn se echó a llorar.

Me quedé sorprendido. Era una reacción inesperada por completo. Sue, desde el mostrador que asomaba a su cocina, nos contempló, inexpresiva.

—¿Qué le ocurre ahora? —indagué yo vivamente—. ¿Por qué está llorando? No creo haberle dicho nada que justifique ese llanto, Drawn...

—Por favor, Kane, no insista en preguntarme nada... —la oí decir entre sollozos—. Es, sencillamente, que no soy tan buena como pueda parecer. Nadie es tan bueno como la gente cree. Pero usted... usted es una gran persona. No debería haberme conocido jamás.

—Pero Drawn, ¿por qué motivo? No sé cuál es su vida ni quién es exactamente usted. Sólo sé que me parece una excelente muchacha y...

—No siga, no siga —pidió, incorporándose—. ¡No sabe bien la clase de mujer que soy, ni las causas que me han conducido hasta usted en la carretera!

E inesperadamente, echó a correr, saliendo del comedor con un portazo. La oí correr allá afuera, sobre la nieve crujiente, alejándose. Me puse en pie, fui a la ventana del comedor. La vi desaparecer en la puerta de su «*bungalow*», que cerró de golpe también.

Me quedé inmóvil, pensativo. Volví despacio a la mesa, contemplando los servicios de la cena. Sue Hart venía ya con un plato de carne, guarnecido de verduras. Nos quedamos mirándonos mutuamente.

—La chica se disgustó con usted, ¿no? —Fue la pregunta capciosa de la hostelera.

Negué con la cabeza, muy despacio.

—No, no fue eso. Por el contrario, dije que era una gran chica... y ella obró de un modo raro. Se echó a llorar y dijo que yo no sabía... la clase de mujer que era, ni las causas que la condujeron hasta hacer *auto-stop*...

—Si ella lo dice... —Se encogió de hombros Sue, poniendo los platos en la mesa—. No creo que vuelva. Iré a llevarla la cena al

«*bungalow*», aunque mucho me temo que haya perdido el apetito...

La hostelera volvió a su cocina. Yo era el que había perdido el apetito. La actitud de Drawn Palmer no tenía mucho sentido. Es más, creo que no tenía ningún sentido.

Probé unos bocados más y luego pedí un café bien fuerte y caliente. Allí, en el «*bungalow*» de le muchacha, había luz todavía. Sue Hart salió de comedor, dirigiéndose con la cena hacia allá.

Cuando regresó, la cena venía con ella, intacta. Sacudió la cabeza.

—Ni siquiera quiso abrir —dijo—. Parece muy disgustada por algo. Me pidió que me marchara.

Aquello era inexplicable. ¿Podía molestarse tanto ella, sólo porque yo le dije que me parecía una buena chica?

¿Qué había provocado eso en su interior, qué extraña reacción se produjo en la joven, para obrar de aquel modo?

¿Existía algo oculto, algo vergonzoso, en su persona? ¿Lo había tal vez en su modo de practicar el *auto-stop*? No parecía tener mucho sentido. Pero, indudablemente, aquello había de tener una explicación.

Me irritó no encontrarla. Cuando hube terminado el café, pensé que era la hora adecuada para irme a descansar. Resolví hacerlo así. La mirada de Sue Hart estaba fija en mí cuando yo bostecé, desperezándome, y dirigiéndome a la salida del comedor.

—Buenas noches —dije—. Si por la mañana hay alguna posibilidad de continuar viaje, no deje de decírmelo, señorita Hart. Tengo que estar en mi casa antes de la Navidad, sea como sea.

—Descuide. Si llega alguien capacitado para cruzar esa nieve, o si cesa el temporal y mejora la carretera, yo le avisaré inmediatamente. Le deseo un buen descanso.

—Gracias —respondí, ya en el exterior.

Por si acaso no era así y yo no seguía su consejo, asomé a la ventana del comedor cuando yo avanzaba hacia mí «*bungalow*». La podía sentir tras de mí, erguida ante la vidriera de la ventana, siguiéndome implacablemente. Me detuve un instante ante el «*bungalow*» número dos.

Seguí adelante. No era correcto llamar ahora, con la señorita Hart vigilando mis movimientos. Ni lograría posiblemente gran cosa, tal como se hallaba ahora Drawn. Era mejor dejar las cosas

como estaban.

Llegué a mi propio *«bungalow»*. Abrí, entrando en él. Cerré tras de mí. Sentía un sueño muy profundo, una rara lasitud en todos mis miembros, como si me agotara un cansancio irresistible. Pensé en el día fatigoso, en el viaje, en la tensión de nervios, en el temporal, en el teléfono averiado y todo eso.

Indudablemente, no me encontraba en mi mejor momento. La fatiga hacía presa de mí, y los nervios cedían, acaso tras los disgustos de la jornada. Afuera, había dejado de nevar considerablemente. Caían copos, pero eran tenues, ligeros, y flotaban como algodones en el aire quieto de la noche, abatiéndose mansamente sobre las ventanas o posándose en la blanca capa ya cuajada.

Me encaminé a la cama casi tambaleante de puro sueño. Se me cerraban los ojos. El grato calor de la calefacción dentro del *«bungalow»* me hizo sentir aún más sueño, más fatiga.

Caí en el lecho, con la corbata en la mano, la americana se resbaló hasta la alfombra... Mecánicamente, mis ojos se fijaron en el muro, en un impreso adherido allí. Vagamente, sus palabras llegaron hasta mis sentidos embotados por la somnolencia:

«Inspección de Salubridad Pública... Certificado anual de habitabilidad en Hostelería... Estado de Nueva York... “Stork Motel”... Ultimo examen de Salubridad y Desinfección... Verano de 1960... Mes de junio...»

Casi me incorporé en la cama, pese al sueño. Aquello era ilegal. Por completo ilegal y peligroso.

Salubridad Pública... Inspección anual... ¡La última en 1960!

Hacía de eso más de seis años ya... Seis años sin inspección sanitaria en un negocio público... No tenía sentido. No tenía ningún sentido...

Bestecé. No pude incorporarme. Dejé de ver el cartel en el muro. Dejé de verlo todo. Y dejé de pensar en todo, incluida Salubridad Pública.

Sencillamente, me quedé dormido. Profundamente dormido, como jamás lo había estado antes, excepto una vez en que un truhán me narcotizó, en Indianápolis...

Narcotizado...

¿Por qué diablos fue ésa la primera idea que vino a mi mente cuando volví a la consciencia?

¿Por qué?

Narcotizado...

La idea continuaba en mí. Fija. Extrañamente.

Me moví. O lo intenté, al menos. No pude hacerlo. No pude hacer absolutamente nada. Sólo seguí pensando. Pensando en el narcótico, por supuesto. Narcótico... La boca la tenía pastosa. Me dolía y nuca, las sienes. Sí, ahora recordaba. Una vez sentí todo eso mismo, al despertar. Fue en Indianápolis. Un fugitivo de la Ley federal había drogado la bebida. Me narcotizó el muy...

Ahora recordaba mejor. Cuando me dormí en habitación, en el «*bungalow*»..., pensé también en narcóticos. Acaso porque era el mismo sueño. El mismo profundo, pegajoso, dulzón sopor.

Narcotizado... Pero ¿por qué? ¿Por quién?

Me agité, intentando moverme, hacer algo. Tampoco pude moverme ni hacer nada esta vez. Sencillamente, seguí quieto, ligado por algo, sujeto por algo.

Ligado.

Sí. Estaba ligado. Ataduras en mis brazos. Y en mis piernas.

Intenté hablar, decir algo. Tampoco conseguí nada. No salía voz alguna de mi boca. Ni un sonido. Supe por qué, cuando noté ahogo. Una mordaza. Estaba amordazado.

Miré a mi alrededor. Descubrí unas piernas. Unas piernas de mujer. Unas largas, hermosas piernas de mujer con medias color humo. Ni se la veía a ella, ni se veía más allá.

El lugar donde yo estaba, no se mantenía inmóvil. No estaba quieto. Se movía. Se deslizaba, aunque no muy de prisa, por alguna parte. Un filo de aire helado llegaba hasta mí por alguna parte.

Miré de nuevo sobre mí. Estaba tendido en algo blando, suave, que amortiguaba los ruidos. Goma posiblemente. Encima de mí, un asiento. Y las piernas de mujer. Zapatos de alto tacón, de charol azul. Uno, sobre un pedal. Otro, sobre un segundo pedal. Se movían con cierto ritmo pausado que me era familiar.

Al final entendí. Un coche. Un automóvil. Estaba ligado y amordazado bajo el asiento delantero de un automóvil en marcha.

Giré la cabeza cuanto pude. Miré al lado opuesto. Vi otras piernas. De hombre. Pantalones grises, calcetines oscuros, zapatos

marrón, embarrados. Nada más que unas piernas. Sólo eso. Un hombre y una mujer. Pero ¿quiénes?

Él habló de repente:

—Creo que ése será un buen lugar.

Un gruñido apenas en labios de la mujer. Aparentemente, un modo de asentir sin palabras. El hombre tenía voz dura, fría. Prosiguió, tras un silencio:

—Ya puedes parar. Deja el resto a mi cargo. Yo me ocupo de todo, querida.

—Bien.

Habló tan rápidamente, que me fue imposible identificar el sonido de su voz. Ella no añadió una sola palabra más. Vi cómo pisaba el freno lentamente. Al final el coche donde yo viajaba de tan incómoda manera se detuvo.

—Perfecto —habló el hombre—. Ya puedes bajarte. Déjame sólo con todo esto. Sé cómo manejar ciertas cosas, encanto.

Ella soltó otro leve monosílabo, apenas una afirmación apagada. Seguí sin identificar aquella voz.

Los zapatos azules taconearon, saliendo del coche. Se cerró una portezuela. Crujió fuera la nieve.

—Es mejor que te marches —avisó la voz del hombre—. Cuanto más lejos estés, menos te complicarán en esto. Ya te dije que es cosa mía.

Ella dijo algo en voz muy baja, que posiblemente el hombre captó, pero yo no. Empezaba a sentirme inquieto. Allí sucedía algo raro. Muy raro. E inquietante. Algo que no estaba claro ni mucho menos. ¿Qué era lo que tenía que hacer aquel hombre ahora, conmigo reducido y dominado?

No entendía absolutamente nada. Pensé en la posibilidad de un atraco, de un robo. Deseché la idea. Sólo llevaba el dinero justo sobre mí. Y un talonario de cheques que nadie podía hacer efectivos sin mi firma.

Eso no podía justificar un... un crimen.

UN CRIMEN.

Repentinamente, no sé por qué, la idea me había acudido súbita, violentamente, haciendo impacto en mi cerebro.

Alguien quería deshacerse de mí.

Pero ¿por qué motivos? Era algo completamente ridículo. Soy un

policía, sí. Un agente federal. Pero no sé de nadie que quiera realmente hacerme daño. Posiblemente exista, pero yo no lo conozco.

Y, sin embargo, allí estaba yo. Dormido en un «*bungalow*» de un motel apartado, narcotizado posiblemente durante la cena. Y ahora, a punto de ir a parar a algún feo sitio, si las palabras del hombre desconocido tenían algún sentido.

Se levantó él de su asiento posterior. Le vi pasar adelante. Se sentó donde estuviera ella poco antes. Justo ante el volante. Le oí hablar cosas sencillas, pero escalofrantes. Cosas que, sin duda, me afectaban a mí:

—Tengo aquí sus documentos. Y sus ropas. De ese modo no será fácil que lo identifique nadie, una vez incendiado el coche. Naturalmente, hay que sentarlo al volante, incendiar todo esto, mientras él sigue dormido. Supongo que el narcótico continuará haciendo su efecto. De cualquier modo, antes de desligarlo, le inyectaré otra dosis de soporífero.

En el exterior, la voz de la mujer sonó apagada, afirmativamente. Luego, se alejó. Oí sus pasos en la nieve. Sonó otra portezuela de coche. Luego, un motor, puesto dificultosamente en marcha. Debía hacer frío aún, y ésa era la causa de las dificultades.

El hombre puso el coche en marcha. Rodamos por alguna parte. Había luz eléctrica dentro del coche. En el exterior, debía estar oscuro aún. Posiblemente era todavía de noche.

No sabía qué tiempo pudo transcurrir desde que me dormí en el «*bungalow*» del motel. Posiblemente unas horas. O un día entero, no había forma de saberlo. Había perdido la noción de muchas cosas durante mi inconsciencia.

Rodó el coche algún tiempo, no mucho. Luego, de repente, se detuvo. Yo cerré los ojos con rapidez. Me mantuve como si realmente estuviera inconsciente.

Obré muy a tiempo. Unos brazos robustos tiraron de mí, y me sacaron de debajo del asiento. Alguien me estudió atentamente, muy cerca su rostro del mío. Noté el aliento del hombre rozándome la piel.

—Bueno, parece que sigue dormido —le oí musitar—. Pero, por si acaso, le aplicaré el narcótico...

Hubo una pausa. No me atrevía a abrir los ojos. Eso no me

serviría absolutamente de nada, aunque tampoco el fingir condujera a ninguna parte. Inyectado otro narcótico, tardaría poco tiempo en dormirme nuevamente. Pero esperaba que esos momentos de trance fueran suficientes, si el hombre cumplía su idea previa de desatarme, para situarme ante el volante.

Ahora recordaba yo por qué me había sido tan familiar el pantalón gris. Era mío. El hombre vestía mis ropas, evidentemente. Tal vez yo llevaba ahora las suyas.

Así, como él había dicho a su compañera, no sería tan fácil que me identificara nadie, una vez incendiado el coche. Hermosa perspectiva.

Sentí el pinchazo en mi brazo. Me contuve, como si no notara nada, como si continuase inconsciente. Pedí mentalmente que me desatara en seguida. Si esperaba un par de minutos, sería demasiado tarde. No podría hacer otra cosa que dormir. Dormir eternamente...

El corazón me dio un vuelco. Estaba cortando las ligaduras. Me alzó en sus brazos fornidos, y me sentó ante el volante. Luego comenzó a cortar con una navaja o un cuchillo las cuerdas que me sujetaban. Arrancó mi mordaza. Luego le oí bajar del coche.

Era mi ocasión. La sangre me bullía ya, y empezaba a sentir nuevamente cierta pesadez en mi cabeza. El narcótico inyectado hacia su efecto nuevamente.

Abrí los ojos.

El hombre había depositado cuerdas y mordaza en una bolsa de plástico, allá en el exterior. Estaba inclinado aún, junto a la portezuela. Vestía, ciertamente, mis ropas.

Me moví despacio. En ese momento él se incorporaba. Era oscura la noche y solamente la nieve hacía resaltar las formas, herida por la luz de los faros del coche.

Se había detenido junto a la portezuela y examinaba algo: mis documentos. Le oí jurar entre dientes:

—Pero... ¿qué significa esto? ¿Quién diablos es el tipo? Aquí dice... Robert Kane... ¡Agente federal...!

Hundió los documentos en su bolsillo de la americana —de mi propia americana, que él llevaba ahora—, y lanzando una imprecación, se fue hacia la portezuela.

Se encontró con ésta violenta, brutalmente proyectada contra su

cabeza. El impacto de la portezuela le hizo caer de espaldas. Yo salté sobre él, tras haber disparado la portezuela con todas mis fuerzas cuando él venía.

Le caí encima, sobre su estómago, y comenzó la lucha. El, dominando su asombro y el dolor de su rostro, por cuya nariz brotaba ya la sangre violentamente, forcejeó por derribarme, por huir de alguna forma, por vencerme.

Mis reflejos eran lentos. Sentía ya el cansancio, la fatiga en mis músculos, en mi mente. Los ojos empezaban a ver turbiamente, los párpados pesaban toneladas...

El tipo logró conectarme un mazazo que me envió, tambaleante, contra la nieve. Luego se incorporó, extrayendo un arma que me era muy familiar. Mi propia automática.

—Seas quien seas, tienes que morir, maldito imbécil —jadeó furioso, apuntándome.

Disparé mis piernas trenzadas, desde el suelo, en una llave muy ágil. Y muy desesperada, ésta es la verdad.

Le alcancé la mano armada. Perdió el arma, que se disparó en el aire, lejos de sus dedos, sin dirección alguna. En la noche, el estampido retumbó sordamente. Pero sólo nos rodeaba el silencio, la oscuridad, la soledad y la nieve.

Le vi correr hacia el coche, exasperado, como queriendo escabullirse. Mi torpeza física y mental aumentaba por momentos. A pesar de ello, me lancé tras él, pude subirme al estribo, cuando él se acomodaba en el coche y maniobraba desesperadamente, el motor en marcha, para salir de allí.

Quise entrar, saltar al interior, abatirme sobre él, pelear con todas mis ya escasas fuerzas. Pero repentinamente me di cuenta del lugar donde estaba situado el automóvil.

Justamente al filo de la cuneta, apuntando su morro a un profundo tajo nevado. Pese a cuánto intentó con el volante, le falló la maniobra. Las ruedas resbalaban demasiado sobre la nieve helada.

No respondió el coche. Y se fue hacia abajo.

El hombre gritó horriblemente. Le vi descender vertiginoso, como por un tobogán, hacia la misma sima adonde, sin duda, pensaba enviarme él a mí posteriormente.

No pudo salir del coche. La velocidad era excesiva y el vehículo

iba lanzado.

Pegó un salto impresionante, una voltereta sobre un repecho de rocas nevadas, y se aplastó en el segundo tramo de la rampa, reventando su depósito de combustible. Se incendió éste violentamente. Una llamarada vivísima iluminó la noche.

Seguí como fascinado el descenso de aquel coche, hasta su final. Allí, con un nuevo estallido de gasolina inflamada, se quedó quieto, convertido en una antorcha horrible. Con el hombre dentro.

El hombre con mis documentos, con mis ropas, hecho una tea humana dentro del incendiado vehículo.

Yo retrocedí despacio, en el desolado paraje invernal Caminé, dando trompicones, sintiéndome más próximo que nunca al sueño, al sopor artificioso pero profundo del narcótico inyectado.

Luego, de súbito, me desplomé en la nieve, en una zanja. Estaba dormido. Profunda, totalmente dormido.

Acaso ese sueño, en el helado suelo, fuese de cualquier modo el sueño mismo de la muerte...

V

CREO que se había equivocado en la dosis. O intencionadamente aplicó muy poco narcótico, para evitar que una autopsia revelase su presencia en mi cadáver.

El hecho es que estaba ya despierto. Casi helado, pero vivo aún. Y sin sufrir congelación.

Bien cierto era que la noche había mejorado considerablemente. Apenas nevaba, y la temperatura había aumentado, hasta el punto de que el suelo se derretía fácilmente. Creo que la humedad ambiente también contribuía a esa mejora del tiempo, evitando la peligrosa helada.

Me incorporé, castañeteando mis dientes, estremecidos mis ateridos miembros. Pero estaba seguro de que no sufría congelación de ningún miembro. En vez de ello, me encontraba relativamente ágil, pese al frío soportado durante los minutos que duró mi sopor. Un sopor que, de producirse realmente cuando yo aún dormía, hubiera significado mi muerte, abrasado dentro de aquel coche.

Miré a mi alrededor. Silencio. Sombras. Nieve. Noche. Si alguien había visto la llamarada del accidente, el estado de las carreteras habría impedido cualquier aproximación de la Policía o las ambulancias. Tampoco transitaba nadie por la bloqueada ruta.

Me froté los miembros con actividad, con energía, para evitar la acción del frío en ellos. Luego caminé decididamente hacia la carretera.

Me sorprendió ver un indicador en la cuneta:

«A MONTICELLO, DOS MILLAS».

Estudí el paisaje a mi alrededor. Había sido cerca, muy cerca del motel. A cosa de unas millas nada más. Y más cerca de

Monticello.

El motel...

La cena, Sue Hart, la joven Drawn Palmer y su auto-stop... Algo había ocurrido allí. Solamente cabía una explicación. Yo había sido engañado por alguien. Recordé la hoja del certificado de Salubridad. 1960. Casi siete años atrás. Ningún motel sufre semejante irregularidad. Salubridad no comete errores así.

Eché a andar sobre la nieve. Me detuve de repente, asaltado por un repentino, vivo recuerdo.

Mi coche. Mi automóvil. Mí «Buick» azul oscuro...

Era el que yacía abajo, abrasado, calcinado, con un cadáver dentro. El coche donde yo viajé inconsciente, entre unas bonitas piernas de mujer y un hombre que utilizaba mis ropas.

¿Qué significaba todo eso?

Mi propio auto, perdido también. Alguien lo sacó del atasco de nieve, para emplearlo en lo que parecería un simple accidente o, todo lo más, un suicidio. Sólo que yo no estaba dentro del coche ahora. Alguien ocupaba mi sitio ante el volante, en ese salto al infierno.

Encontré un pequeño automóvil europeo, abandonado en la nieve. Probé la portezuela. Estaba abierta. No había dentro gran cosa que pudiera robar nadie, suponiendo que hubiese ladrones de coches por la campiña nevada a inhóspita, cosa hartamente dudosa.

Entré. Probé el encendido, puesto que se habían dejado puestas las llaves. Había gasolina suficiente para llegar a alguna parte, adonde fuese. Tenía especial interés en ir a aquel motel. Y a algún lugar donde telefonar a Hazel, a la Policía...

Eso sería lo mejor. Hazel, primero. La Policía, después. Luego, de vuelta al motel Stork, a aclarar ciertas cosas.

Viré el coche en la nieve, con alguna dificultad. Los neumáticos patinaban peligrosamente. Y la carretera aún no estaba en condiciones de viajar. Pero las circunstancias mandaban. No podía ya correr siquiera el riesgo de ir al motel a pedir albergue. Eso parecía demasiado peligroso, tras la extraña experiencia vívida recientemente.

De modo que avancé hacia Monticello. El coche, helado, tardó mucho en funcionar normalmente. Cuando lo hizo, tampoco iba demasiado bien.

Me moví con él, a través de la madrugada. Ni siquiera tenía reloj conmigo. Mi americana de cheviot y mi pantalón azul eran deplorables y muy usados. No llevaba dinero tampoco. No me molesté en buscar documentos, aunque debí hacerlo. En vez de eso, todo mi interés, toda mi atención, se centraba en el automóvil, en su difícil marcha sobre la nieve.

De súbito sentí miedo.

Miedo y sueño.

El miedo fue provocado por el sueño. El narcótico volvía a hacer efecto. El calor interior del coche me invitaba a la somnolencia. No podía dormir. No debía dormir. Pero aquel calorcillo, aquel sopor tan dulce...

Abrí la ventanilla, para que el aire frío me reanimase. Lo logré y pude mantenerme erguido ante el volante durante algún tiempo. El aire nocturno me azotaba heladamente el rostro. Tirité, sin importarme demasiado.

Lo peor es que minutos más tarde, el sueño volvió. Ahora, ni siquiera el frío podía vencerlo. Era superior a mis fuerzas. Los párpados eran como plomo macizo.

Traté de detener el coche, desesperado, para vencer el sueño de algún modo, para revolcarme en la nieve si era preciso. Cometí un grave error. Pisé el freno con brusquedad, inquieto por mi creciente sueño, que me inclinaba ya sobre el volante.

Los neumáticos se pararon, pero no respondieron al freno. El suelo allí aparecía helado, resbaladizo. El coche dio un extraño giro sobre sí mismo y se deslizó de costado hacia la cuneta.

Traté de saltar del coche, porque el terraplén era muy profundo allí. No lo conseguí.

En vez de eso, brinqué dentro del coche. Me vi en el aire, proyectado abajo, dando tumbos en el vacío.

Me estrellé contra la nieve y las piedras. Como si se repitiera una angustiada pesadilla, un alucinante destino reservado exclusivamente para mí, y contra el que no podía rebelarme, sentí que se quebraba el depósito de gasolina, que saltaban chispas de la batería... y que alrededor mío, todo se transformaba de repente en un infierno semejante al que debió conocer en sus últimos momentos el hombre desconocido cuyo objeto era matarme, terminar con mi vida en un fingido accidente de automóvil.

Yo había luchado una vez contra ese destino terrible. Y había vencido.

Ahora, el trance se repetía. El destino volvía a la carga. Y ya no podía luchar. Ni vencer.

El fuego me alcanzó, doloroso, lacerante. Sentí mis brazos arder, mis ropas incendiarse. El coche dio otro tumbó, hubo un estallido en alguna parte, se desgajó la portezuela y salí disparado, incendiado.

En medio de un caótico estruendo y de una llamarada deslumbradora que se elevó en la noche, perdí la noción de todo definitivamente.

Acaso ahora ya no era sueño ni inconsciencia.

Acaso ahora era la muerte.

No. No había sido la muerte.

No aún.

Tras aquella pausa interminable, tras aquel paréntesis de olvido total, llegaban los recuerdos.

Los recuerdos de una terrible y dramática aventura al filo mismo de la muerte. Dos veces enfrentado al peligro, al fuego, al siniestro mortal. Dos veces a salvo.

Esta vez, con mis manos vendadas, con mis heridas en el cráneo, con mi convalecencia en Hudson Center.

Pero vivo. A salvo de nuevo. Providencialmente salvado porque aquella portezuela se abrió y el coche llameante me despidió al exterior antes del estallido final, en el fondo del barranco.

A salvo, y con Nancy, la enfermera, a mi lado.

A salvo, con el nombre de Elmer Friedman, que nada me decía.

A salvo, mientras Hazel lloraba, allá en Binghampton, la muerte de Robert Kane, agente federal muerto en accidente de automóvil...

VI

LA historia terminaba ahí.

Paseé por la habitación, pensativo. Allí terminaban también mis recuerdos, mis evocaciones.

Una extraña historia. Una inexplicable, oscura historia la mía.

El periodista Gary McNally tenía razón. Habían querido asesinarme. A mí, a Robert Kane.

¿Cómo? ¿Por qué?

Era algo que no sabía. No tenía la menor idea sobre todo ello. Resultaba por completo inexplicable. Nadie podía tener especial interés en asesinar a Robert Kane.

Drawn Palmer había dicho: «Usted no sabe la clase de muchacha que yo soy. Si lo que realmente buscaba al hacer *auto-stop* y encontrarle a usted...»

Sue Hart había servido la cena en el motel. Un motel sin inspección de Sanidad durante más de seis años.

Un desconocido y una mujer de hermosas piernas habían conducido mi coche hasta el borde del abismo, para asesinarme en su interior.

Alguien había hallado el coche. Y el cadáver. Sus ropas, sus documentos... No importó que estuviera abrasado, irreconocible. Hazel reconocería siempre mis ropas, mis pertenencias. Era yo. Yo, Robert Kane, el muerto dentro del coche «Buick» azul, identificado también como mío.

Pero el hombre, el asesino, el que resultó muerto al final, había visto mis documentos y se había enfurecido. No esperaba que yo fuese Robert Kane, agente federal.

Eso aún tenía menos sentido. Si no sabían quién era yo, ¿por qué matarme? Y si lo sabían, ¿por qué sorprenderse? Algo andaba mal

en eso.

En estos momentos, alguien creería que yo estaba muerto. La mujer. La de las hermosas pantorrillas en el coche. La cómplice en el crimen.

Y Elmer Friedman vivía.

Elmer Friedman... Recordé el cambio de ropas, acaso de documentos... Friedman. El asesino. Tal vez sí. El asesino muerto en mi lugar. Y yo, ocupando su puesto ahora.

Eso tenía algún sentido, aunque lo demás no lo tuviera. Me sentí excitado. Si hablaba de todo eso a Nancy o a cualquiera en la clínica, me enviarían a un psiquiatra inmediatamente.

Era mejor no decir nada. Yo era demasiado astuto para permitir que ellos pensaran algo que estaba muy lejos de ser cierto. Debían tener fe en mí, en mi mejoría. Debía comportarme con toda normalidad, para salir de allí en alguna ocasión, fuese como fuese.

Sólo que... una mujer me lloraba en alguna parte. Una mujer llamada Hazel. Ella no tenía por qué sufrir este martirio. Ella debía saber, conocer la verdad, estar enterada de que yo aún vivía.

Dejé de pensar en mí mismo, para pensar en Elmer Friedman, quienquiera que fuese el hombre con quien me confundían. Lorna era su mujer. Una mulata. Friedman estaba sin trabajo. No tenía buenos antecedentes.

Ahí podía haber la clave de algo. Aunque si yo estaba en lo cierto, Friedman reposaba ahora en una tumba de Binghampton, bajo una lápida con mi nombre. Y le lloraba Hazel, mi esposa.

No, todo eso no conducía a ninguna parte. Tendría que esperar. Esperar a ser libre, a abandonar la clínica. Solamente entonces podría hacer algo, intentar algo, tratar de llegar hasta la explicación de todo, hasta la clave de aquel enigma inexplicable cuyo centro parecía ser yo mismo.

—¿Cómo va eso, Elmer?

La voz me interrumpió. Me volví risueño hacia la puerta. Miré a Nancy.

—Bien —dije—. Creo que muy bien. Si sigo así, pronto podré volver a mi vida normal, estoy seguro.

—Yo también lo estoy —asintió ella. Y no parecía demasiado feliz con la idea—. Hablé hoy con el doctor. Si todo sigue igual, es posible que salga antes del domingo.

Antes del domingo...

Me estremecí. Era martes. Acaso tres o cuatro días, y volvería a la libertad, a la vida fuera de las blancas paredes de la clínica.

Eso era maravilloso. Poder llamar a Hazel, advertirla de la verdad... Poder investigar, descubrir lo que había ocurrido en aquellas trágicas vísperas de Navidad durante las cuales alguien me había asesinado...

—Dios la oiga, Nancy —suspiré, entornando los ojos.

—Me oirá, no lo dude —también ella entornó sus párpados, con expresión muy diferente—. Sé que va a irse de aquí pronto. Y no sé si alegrarme o no.

—¿Por qué dice eso? —me sorprendí, girando la cabeza hacia ella.

—No sé... —Había una curiosa humedad en el fondo de sus pupilas—. No sé, Elmer. Tal vez sea el haber visto ahora a... a esa mujer... No sé.

—¿Qué mujer? —me interesé.

—Oh, lo había olvidado por completo —me contempló, entre serena y decepcionada—. Tiene visita, Elmer.

—¿VISITA? —Sentí un escalofrío—. ¿Quién?

—Su mujer. Esa muchacha de color, Lorna —dijo Nancy, dirigiéndose altivamente a la puerta.

Me quedé tan asombrado, tan confuso, que ni siquiera tuve tiempo de advertirla, de avisarla de que no hiciera entrar a Lorna Friedman por nada del mundo.

Cuando quise darme cuenta, Nancy abría de nuevo la puerta... y Lorna Friedman llegaba a mi presencia.

Se quedó mirándome desde el umbral. Y yo a ella.

Era mulata, ciertamente. Tez color bronce oscuro, labios gruesos, sensuales, peluca sobre su cabello rizado.

Seguía mirándome. Y yo a ella.

—Bien —suspiró Nancy—. Ahí tiene a Eimer Friedman, su esposo. ¿Qué otra cosa puedo hacer por usted?

Ella no dejaba de mirarme. Avanzó hacia mí, con gesto de sorpresa, con sus oscuros ojos muy abiertos y los labios carnosos entornados.

Era el desastre. El final del equívoco.

—Querido... —susurró ella.

Y se arrojó en mis brazos impetuosamente.

—Lorna, mi amor... —dije yo estúpidamente, cuando ella me dejó hablar.

—Amor, Elmer de mi vida... —Sonó la voz de ella, junto a mi oído—. No pude acudir antes, amor... Perdona a tu mujercita querid...

Me besaba con mayor fuerza si cabe.

Oí un portazo seco. Miré por encima del hombro de ella, a través de cabellos perfumados de su peluca. Nancy se había marchado.

Estábamos solos. Solos Lorna y yo. Lo que más temía.

Ella también se había dado cuenta. La muchacha de la piel de bronce se despegó de mí sin prisas. Sus ojos brillaban. Entre sus labios gruesos vi sus dientes muy blancos y nítidos, como piececitas de marfil tallado.

—Y bien —dijo ella—. Ahora, ¿qué?

Nos miramos casi agresivamente. Ponía sus manos en jarras, sobre los salientes curvos de sus caderas.

—Eso es —dije tranquilo—. Ahora..., ¿qué?

La mulata me contempló, inquisitiva. Habló con voz fría, que contrastaba con su anterior apasionamiento.

—Usted no es mi marido.

—No, claro que no.

—No es Elmer.

—No lo soy.

—¿Quién es entonces, por todos los diablos?

—Antes, una pregunta. ¿Por qué fingió reconocermelo como a su marido? —Sonreí—. Hizo muy bien su papel. Incluso excitó los celos de Nancy.

—¿Nancy? ¿La enfermera? —Ella adelantó su torso respetable—. ¿Está... enamorada de usted?

—No sé. Sólo sé que no le gustó ver su comportamiento conmigo.

—No me importa ella. Si usted hubiera sido Elmer, no hubiera estado tan efusiva, puede creerlo.

—¿No ama a su marido?

—Eso no es cuenta suya —me miró, brillantes sus ojos, agitada su respiración—. ¿Quién es usted exactamente?

—Posiblemente mi nombre no le diga nada. Me intriga que no

me acusara de falsario, que no dijera a la enfermera que yo no era Elmer, sino...

—A la enfermera no le importan nuestras cosas.

Pensé que era mejor seguir la corriente.

—Si usted está aquí ahora, debe ser porque Elmer así lo dispuso, ¿no?

—Pues sí, eso es bien cierto —dije, con un sarcasmo que ella no podía entender.

—Eso basta. Mi marido nunca me cuenta sus cosas. No tiene mucha confianza en mí. Ni yo en él. Pero debo ayudarle en sus cosas. No puedo meterme a complicarle la vida. Ésa es la razón de todo. Si él quiso que usted fuese aquí Elmer Friedman, es porque así necesita que sea. Acaso una coartada, no sé...

—Es una buena chica, entonces —ponderé.

—No me diga eso. Para Elmer soy una cualquiera. Me desprecia por mi color, por mi inteligencia, por todo.

—Es su mujer, ¿no?

—Su mujer... —Había sarcasmo en la voz de ella—. Se casó conmigo para que no declarase en contra suya en un caso de atraco. Usted conoce esa ley, ¿no?

—Sí, claro. Un testigo de cargo que se case con el sospechoso no puede testificar contra él. Su declaración no es válida ante ningún jurado —chasqué la lengua—. Muy listo ese Elmer.

—Es un hijo de perra —escupió Lorna al suelo, taconeando sobre sus zapatos de alto tacón—. Usted será su amigo, claro está. Pero eso no me importa. Se lo digo también a él.

—Debe calmarse. Elmer tendrá sus razones para hacer lo que hace.

—El siempre tiene razones para todo. Aunque nunca sean demasiado buenas. Al menos no para mí. Siempre anda igual. Cosas ocultas, clandestinas, delitos de todas clases...

—¿Siempre son delitos?

—Bueno, creo que casi siempre. Todo lo que él toca es ilegal. Me pregunto qué se traerá ahora entre manos.

—Sí, también yo —reí de buena gana—. Elmer es muy reservado. Sólo me cuenta las cosas a medias.

—Hum... Usted no es ninguno de sus habituales amigos. ¿Qué pinta en esto?

—Elegió una cara poco conocida. Se ve que eso era importante en nuestro asunto.

—Ya entiendo —suspiró ella—. Tuve que venir al no tener noticias de Elmer. Me dije que algo hacía en esta clínica. Y luego resulta que ni siquiera es usted Elmer. ¿Dónde está él ahora?

—Muy ocupado en algo que no le permite venir en modo alguno ni ponerse en contacto con usted. Donde él se encuentra ahora nadie puede entrevistarse con él —y lo bueno es que yo no mentía al decir eso.

—Otro de sus malditos asuntos sucios... —resopló la espléndida mulata—. Escuche, er... ¿cómo se llama usted realmente?

—Bob —dijo también sin mentir—. Bob para los amigos, Lorna.

—Bien, Bob —se acercó de nuevo a mí y puso su mano en mi brazo—. No voy a preocuparme más de él mientras Elmer mismo no venga a verme o establezca contacto conmigo. Pero ¿qué hay respecto a usted?

—Yo tengo que permanecer aún aquí ciertas fechas —expliqué—. Luego saldré de la clínica.

—¿A dónde irá?

—Debo hacer varias cosas para Elmer todavía —puse un dedo en mis labios—. Cosas confidenciales, Lorna. Estrictamente secretas.

—Al diablo usted, Elmer y sus cosas secretas —se enfadó ella dando un taconazo—. No le preguntaré nada sobre él.

—Es posible que vaya a verla —mentí fríamente—. Iré en cuanto vea a Elmer y sepa cómo va el asunto.

—El asunto Grayson, ¿no es verdad? —preguntó Lorna con voz despectiva.

—Grayson... —Sentí un estremecimiento interior. ¿Era eso la clave de todo acaso? El nombre no me decía nada, pero tal vez... Repetí—: ¿Dijo... Grayson?

—Sí. ¿Le extraña que sepa tanto? —soltó una risa agria—. Elmer no es muy comunicativo, ciertamente; pero algo me explicó. La familia Grayson, la hermosa June Grayson... y su marido, Nehemiah Grayson...

Nehemiah Grayson. Asombrosa coincidencia... Ahora sí me decía algo el apellido Grayson. Binghampton. Nuestra ciudad. Donde Hazel me esperaba, llorando con su luto por mí. Binghampton. Y allí, Grayson House. La casa de los Grayson. La

gente más rica del lugar. También una de las más ricas del Estado de Nueva York. Los Grayson.

¿Qué podía tener que ver Elmer Friedman con gente como ellos?

—Usted no puede saberlo todo, Lorna. Si acaso, solamente lo relativo a los Grayson... —aventuré tratando desesperadamente de obtener algún otro dato, algo más que me ayudara a entender, que me guiara hasta algún punto concreto, hasta algo que realmente tuviera sentido, lógica, forma concreta.

—Sé muchas cosas —se encogió de hombros la mulata—. Pero no voy a hablar ahora aquí de todo ello. Imagino que Elmer ha debido ir a realizar su parte en el asunto. Está bien. Dejemos que lo haga. Olvidemos a Elmer. ¿Va a venir a casa, Bob?

—Ya le dije que sí —afirmé—. Pero antes debo aguardar aquí a que llegue el momento de ver a Elmer y recibir las instrucciones finales.

—Está bien. No insisto. Pero le aguardo en casa. Ya sabe la dirección, Bob. Elmer se lo habrá dicho ya. De todos modos, ahí tiene una tarjeta mía.

Me quedé a solas con la tarjeta de Lorna Friedman, con mis dudas y mis interrogantes, con mis reflexiones y mis indecisas ideas sobre muchas cosas.

Elmer Friedman, un truhán, un delincuente, un asesino. Mezclado en un asunto con la rica familia de los Grayson. No había más que un Nehemiah Grayson en Nueva York, que yo supiera. Y casado con June Grayson, una mujer de rara belleza.

¿Qué tenía que ver conmigo todo eso? ¿Por qué tuvieron que intentar el asesinato de Robert Kane, del F. B. I.? Yo jamás había cruzado palabra con Grayson, ni tenía relación alguna con la familia. Yo era una pieza ilógica, algo que no encajaba en ese diabólico rompecabezas criminal. Y, sin embargo, parecía ser la pieza central del «*puzzle*».

Nancy no volvió ese día por mi habitación. Incluso a la hora de la cena envió a otra enfermera de servicio. Pregunté por ella y me dijeron que estaba muy ocupada y no podía atenderme. Al día siguiente era su fecha libre.

Al día siguiente, el propio doctor Vaughan, de mi pabellón, me informó de que podría abandonar el establecimiento sanitario el mismo viernes.

—Solamente llevará sus manos vendadas durante cierto tiempo, hasta cicatrizar totalmente sus heridas de los dedos —me advirtió—. Por lo demás, Friedman, es usted un hombre en perfectas condiciones para regresar a su vida habitual. Le deseo mucha suerte en todo.

El viernes abandoné el sanatorio. Vi a Nancy en la puerta.

Giró la cabeza como si no me viera cuando yo cruzaba el vestíbulo. Me detuve. Me acerqué a ella.

—¿No va a despedirse de mí? —pregunté suavemente.

—Sí, por supuesto —afirmó ella evasiva—. ¿Es que se marcha ya?

—Usted sabe que sí. ¿La hice algo para que se comporte así conmigo?

—Tengo mucho que hacer, Elmer. De todos modos, celebro decirle adiós. Le deseo suerte.

—Gracias, Nancy. Supongo que seguiremos siendo amigos.

—No hay inconveniente —eludió mi mirada—. Unos amigos que nunca más volverán a encontrarse. Pero amigos, sí.

—Gracias otra vez —la contemplé mientras estrechaba su mano. Parecía a punto de llorar—. Le repito que no logro entenderla. ¿Qué le hice yo de malo?

—Oh, ya basta, Elmer —sus ojos se nublaron definitivamente con una abierta humedad—. ¿Cree que me gustó ver cómo le besaba su esposa? Esa mujer no es de la clase que usted merecería en la vida. No me refiero a su color, que para nada cuenta, sino a su modo de ser, de vestir, de comportarse... No me gustó su esposa, Elmer. Lo siento. Y me dolió verles tan apasionados el uno con el otro. No tengo razón, no soy justa; pero no pude evitarlo. Me dolió. ¿Eso deja acaso satisfecha, halagada su vanidad masculina? Pues bien, en ese caso, ya sabe lo que pienso.

Se alejó presurosa, dejándome allí solo, inmóvil, sorprendido por su arrebato.

La vi perderse en los corredores del hospital, ocultando su rostro lloroso. Me dolió. Me dolió profundamente.

Ella, en el fondo, tenía razón. Pero aun así era doloroso para mí. No por Lorna, claro está, que no era nada mío. Pero si ella hubiera conocido a Hazel hubiese pensado de otro modo. Y hubiera comprendido que Hazel era una mujer muy diferente a aquella

mulata de suburbios. Entonces hubiese llegado a darse cuenta de que todo era aún mucho más difícil.

Creo que sentía por Nancy algo muy tierno y entrañable. Pero Hazel era mi esposa. Y eso es lo que contaba.

Dejé la clínica tras de mí. Hudson Center se quedó en el nevado paisaje de invierno. Yo regresaba al mundo.

Pero no regresaba normalmente. Porque yo, Robert Kane, estaba muerto.

Oficialmente era Elmer Friedman quién volvía a la vida.

Paseé hacia unas manzanas más allá, donde había un aparcamiento de taxis. Tenía que ir a alguna parte. Nueva York sería el lugar ideal, en tanto preparaba a Hazel, a mis compañeros del F. B. I., a todo el mundo. Mientras tanto, tendría que seguir siendo Elmer Friedman, me gustara o no, para todos los efectos.

El automóvil se detuvo junto a mí. Sus neumáticos rozaron el bordillo de la acera. La portezuela se abrió.

—Suba —invitó una voz—. Vamos, Friedman, suba en seguida al coche.

Era una voz de mujer. Subí al coche. Nada me obligaba a ello, pero momentos antes, al abandonar el hospital, ni siquiera sabía lo que podía hacer para iniciar mis investigaciones.

Acaso éste era el principio. Alguien venía a mí en vez de ir yo a alguien. Y, evidentemente, quienquiera que fuese no conocía a Elmer Friedman, porque no tuvo la menor vacilación en dirigirse a mí.

Subí al coche y me acomodé junto a la mujer que conducía. Tenía las faldas por encima de sus rodillas. Llevaba medias color gris oscuro. Podían ser las piernas que yo vi en el coche. Pero no era posible. Entonces ella hubiera descubierto que yo no era Elmer.

Cerró la portezuela tras entrar yo. Pisó el acelerador. Arrancamos.

Miré de reojo el perfil de la dama. Era muy hermosa. Cabello castaño, ojos grises, boca bien dibujada, figura arrogante, vestida con elegancia... Y unas piernas encantadoras.

—¿Y bien? —indagué—. ¿Qué es lo que sucede ahora?

Ella me miró fríamente por el retrovisor. Estudió luego mis manos vendadas. Observé algo en su gesto, quizás cierta extrañeza.

—Usted fracasó ya una vez —dijo con voz dura—. Asesinó a un

hombre que no era el convenido en nuestro contrato. ¿Qué espera que quiera en estos momentos?

Me mantuve silencioso, apretados los labios, pendiente de sus palabras. Ella habló tras un silencio:

—Quiero que haga lo que no supo hacer antes. Quiero que mate a mi marido en cuanto le sea posible.

VII

HABÍA detenido el coche en una zona desierta, no lejos de la carretera general a Nueva York. Me contemplaba con una frialdad impresionante. Sus ojos parecían de puro acero, tan fríos y duros podían resultar al clavarse en uno.

Fumaba un cigarrillo sin prisa alguna. Sin nerviosismo. Habíase vuelto a medias y cruzaba sus piernas.

—Mátelo —la oí decir con voz glacial—. Tiene que hacerlo, Friedman. Para eso ha sido contratado.

—Está bien —dije con calma—. Usted sabe que hay cosas que no resultan tan fáciles como uno cree...

—Lo sé. Cometieron todos ustedes un error imperdonable. Asaltaron a alguien que no era. Asesinaron a un policía federal. Es imperdonable.

—Lo siento —incliné la cabeza como si me sintiera anonadado por aquel fracaso—. Señora, intentemos hacerlo todo lo mejor posible...

—Sí, me di cuenta de ello al leer los detalles. El «Buick» azul del federal, la hora de su paso por la carretera... Todo coincidía, es cierto. Mi marido llevaba un «Buick» azul y salía a esa hora de Nueva York. Pero se demoró. Salió más tarde, cuando ya ustedes habían confundido estúpidamente a ese federal con mi esposo y le habían conducido a la trampa de muerte. Ni siquiera se pararon a examinar sus documentos, a comprobar si era él...

—Estábamos tan seguros de todo...

—Lo entiendo; pero aun así cometieron una grave negligencia. Cualquier persona puede tener un «Buick» azul oscuro y hacer el viaje Nueva York-Binghampton un día veintidós de diciembre. Comprendo que eso les confundiera, pero debieron examinar esa

documentación, estar plenamente seguros de todo. Solamente así se hubiera evitado el tremendo error cometido...

—Sí, eso es cierto —admitió humildemente Robert—. Pero no volverá a suceder, esté bien segura de ello.

—Quiero estarlo. De otro modo no hubiera esperado a que usted abandonase la clínica para encargarle de nuevo el asunto. Antes trató usted con intermediarios míos. En esta ocasión he preferido ser yo misma quien hable con usted. Y no se le ocurra pensar siquiera en hacerme el día de mañana un chantaje o cosa así. Conservo aún su declaración firmada como el mejor rehén. Si trata de extorsionarme, no tendrá prueba alguna contra mí y yo podría hundirle con su declaración firmada reconociéndose culpable del asesinato de Nehemiah Grayson, recuerde.

Nehemiah Grayson. Sí, aquello iba tomando forma lentamente. Una forma horrible y estremecedora. Supe que estaba ante June Grayson, la esposa del millonario. June Grayson, que planeaba la muerte de su marido fría y despiadadamente. June Grayson, que pudo haber sido responsable de que yo, Robert Kane, fuese solamente un cadáver.

—Muy bien —dije con lentitud—. No intentaré nada contra usted, señora.

—Hará perfectamente. Tampoco crea que vacilaría yo mucho en asesinarle si me fuera necesario para salvaguardar mi propia vida —rió ella glacialmente—. Tengo valor para eso y para mucho más. Le voy a dar ahora otros cinco mil dólares para que lo disponga todo. Pero tenga algo en cuenta. Le muerte de Nehemiah debe tener lugar antes del día diez de enero. En esa fecha su testamento se invalida y él extenderá otro muy diferente. Eso no debe suceder bajo ningún pretexto. Usted elegirá el día, como ocurrió esta vez. Pero sin fallos, por supuesto. Usted entonces actuará con total seguridad mientras yo tengo mi coartada, lejos de donde Nehemiah halle la muerte. Eso es todo, Elmer Friedman. Fracase de nuevo y perderá los cien mil dólares que va a cobrar al final de su misión, cuando Nehemiah esté muerto.

—Descuide —suspiré—. No habrá fracaso.

—Eso espero. Por su bien y el de todos. Tome, el dinero prometido.

Alzó más su media. Del ligero extrajo un fajo de billetes.

Tendió hacia mis manos hasta cinco billetes de mil.

Finalmente señaló la portezuela.

—Bájese ahora. Vaya a Nueva York por sus propios medios. Telefonéeme a Binghampton mañana. Deme los detalles. ¿Recuerda el número de teléfono?

—Diablos, no —negué vivamente—. Entre el accidente, la clínica y todo eso...

—Bien, se lo daré de nuevo. Recuerde que bajo ningún pretexto debe llamar a mi casa. Hágalo a ese número entre cinco y seis de la tarde solamente. Esperaré su llamada.

Me tendió un trozo de papel de un bloc que extrajo del tablier y tras escribir en él un número. Guardé el escrito. Bajé del coche. Éste arrancó rápidamente, viró algo más allá y se perdió, de regreso a Binghampton. El perfil de la señora Grayson, erguido ante el volante, ni siquiera se volvió un momento para saludarme o dirigirme una mirada.

Me quedé Inmóvil en la cuneta de la carretera general, diciéndome qué diabólicos intereses estaban en juego en todo aquello. Los Grayson eran la clave. Y yo, Robert Kane, había sido solamente un error. Una casualidad nefasta en el juego criminal. Un puro azar que pudo ser mi muerte.

Pero no todo quedaba en claro con eso. Elmer Friedman tuvo alguien en complicidad consigo al intentar el crimen fallido. Una mujer de bonitas pernas, que no era June Grayson, la esposa asesina. Una mujer que conocía a Elmer Friedman, pero no a Robert Kane. Una mujer que tampoco conocía a Nehemiah Grayson, obviamente.

MI mente fue atrás. A la noche del veintidós de diciembre, a la carretera nevada, a una muchacha rubia que hacía auto-stop. Y a un parador. Al «Stork Motel», no lejos de Monticello...

«Stork Motel. Cerrado toda la temporada».

No había visto antes ese cartel, pese a que se caía de viejo. Acaso lo cubría la nieve aquella noche. O alguien lo había quitado del acceso al parador de carretera.

Avancé hacia la puerta. Estaba cerrada herméticamente. No había nadie dentro, al parecer. La nieve formaba montones en la entrada.

Acaso me había equivocado, pensé. Pero pronto vi las dos series de «*bungalows*». No, no había error. Era el mismo motel. Sólo que abandonado. Sin luz, sin calor, sin gente.

Estudí la cerca alambrada. No era difícil saltarla. La salté. Me encontré al otro lado. Caminé entre césped mal cuidado y nieve. Ahora, a la luz del día, aquel motel se ofrecía como realmente debió ser también entonces, aunque la noche me lo disimule perfectamente: destartalado, olvidado, sin habitar.

Unas luces, un poco de limpieza superficial y algo de esmero en encender leños y calefacción habían dado provisional apariencia animada al lugar. Ahora, desprovisto de todo ello, se revelaba en la desnudez de su abandono y su silencio.

Entendí por qué Salubridad no acudía allí en años. No había negocio. Se había cerrado una temporada, seis años antes, para no volverse a abrir jamás. Eso lo explicaba todo.

¿Todo? No, no explicaba la presencia de Sue Hart. En absoluto. ¿Qué papel representó la hermosa morena allí? ¿Qué hizo dirigiendo un negocio cerrado sólo para admitir dos huéspedes?, solamente dos: Drawn Palmer y yo.

Paseé hasta la cocina. Apagada, abandonada. Todo limpio, ordenado. Platos, vasos, cubiertos. Si algo se había cocinado allí recientemente, se borraron sus huellas.

Fui a recepción. No había ningún libro-registro. Las llaves, sí. Estaban colgadas de sus casilleros. Tomé dos: la dos y la seis. Fui a los «*bungalows*».

Abrí primero el que ocupara aquella noche Drawn Palmer. No encontré huella alguna de su presencia en el «*bungalow*». Todo ordenado, sin desarreglar, como pudieron haberlo dejado los ocupantes últimos antes del cierre de aquel negocio.

Nada que recordara a Drawn.

En el «*bungalow*» seis, nada tampoco. Aquel cartel de Salubridad, ya viejo y amarillento. El lecho donde yo cayera dormido, narcotizado. Pero ni huella de todo eso. Ni de ninguna otra cosa que pudiera ser reveladora, que significase algo concreto.

—Nada... —dije exasperado.

Sacudí la cabeza. Volví al exterior. Miré todo en torno mío. Solamente nieve en un lugar deshabitado. Nieve y silencio. Era todo en el «Stork Motel».

Volví al exterior. Esta vez pude abrir desde dentro un pestillo. Salí. Cerré tras de mí. Movía con dificultad mis dedos, pero los movía. Podía manejarlos con relativa facilidad.

Regresé lentamente a la carretera. Encontré la parada de un autobús, a una milla de allí, no lejos de un surtidor de gasolina. Esperé hasta que el vehículo me reintegró a Nueva York. Me hundí en la ciudad, en su pululante, infinita masa de gentes.

Para entonces había tomado ya mi propia decisión.

Nada de informar sobre lo ocurrido a mi Oficina en Nueva York. Nada de llamar a Lehman o a Cooke. Solamente a Hazel, a mi esposa. Ella sería la única en saber que yo existía. Ella y nadie más.

Me temblaba la mano cuando descolgué el auricular telefónico en el hotel de Manhattan donde me alojé con el nombre de Robert Francis Kane. Pedí larga distancia. Luego, comunicación con Binghampton, en el Estado de Nueva York.

La centralilla me señaló que podía marcar el número. Marqué, sintiendo que mis dedos vendados se estremecían, como si hiciera un frío terrible allí dentro.

Finalmente, un timbrazo allá, en la distancia. Un timbre que yo conocía bien. Mi casa. La casa de Hazel. Nuestro refugio habitual, fuera del torbellino de la gran urbe.

Alguien descolgó. Sentí que el corazón se desbocaba en mi pecho. Indagué antes de oír voz alguna:

—¿Hazel? ¿Señora Hazel Kane?

La voz que respondió era de mujer. La reconocí enseguida. Era Linda, mi cuñada. La hermana de Hazel.

—Lo siento, señor. La señora Kane no puede ponerse al aparato...

Parecía llorar o tener la voz acongojada por algo. Preocupado, insistí:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no puede ponerse ella al teléfono?

Era mi voz y me sorprendió que Linda no la reconociese. Claro que para ella, como para Hazel, yo estaba muerto...

Hubo una pausa. Luego capté los sollozos de Linda. Y su voz hablando por el teléfono:

—Es que ella... ella «está muerta», señor.

Y colgó, con otro sollozo desgarrador.

VIII

HAZEL, muerta...

Me costó hacerme a esa idea. Me costó mucho.

Al principio ni siquiera la había creído. Era como un disparate, una locura, un imposible. Algo completamente absurdo, anormal, inexplicable.

Hazel no podía estar muerta. Ella no podía morir en modo alguno.

Pero era así. Estaba muerta. Mi siguiente llamada a la Policía de Binghampton me lo confirmó.

El teniente de Policía Travers, de Binghampton, fue muy escueto:

—Lo siento, señor. Es cierto lo que le informaron sobre la señora Hazel Kane, viuda del agente del F. B. I. Robert Kane. Ella ha muerto. Exactamente ayer...

Ayer. Y yo no había llegado a llamarla. Yo no había llegado a hablar con ella. Yo no pude decirla... que estaba vivo. Murió sin saberlo. Acaso su espíritu me buscaba ahora en la eternidad, dolido por el engaño, por mi ausencia de entre los muertos.

El teniente Travers, mientras duraba mi silencio, había proseguido:

—Fue un desgraciado, un infortunado accidente, señor... El coche cruzaba la calle rápidamente... No se pudo hacer nada. La señora Kane cayó bajo las ruedas; fue arrastrada un trecho antes de que el chófer de los Grayson pudiera darse cuenta de nada...

Los Grayson.

Ellos...

Recordé a June Grayson en la carretera. La señora Grayson, disponiendo fría y deliberadamente la muerte de su marido. La

señora Grayson, doliéndose del error que supuso la muerte de Robert Kane...

Y ahora... Hazel. La esposa. Mi mujer, mi querida Hazel...

Muerta por el coche de los Grayson.

Eso sólo tenía una explicación. Una sola...

Crimen.

Otra vez..., crimen. Hazel, la víctima.

Pero... ¿por qué? ¿Por qué?

Mientras reflexionaba, la voz del teniente Travers continuaba en mis oídos:

—El chófer de los Grayson ha sido detenido, naturalmente. Pero el pobre diablo no es culpable de nada. La señora Grayson en persona le sacó bajo fianza. Y ha prometido indemnizar generosamente a los Kane. Incluso costeará un gran funeral para la señora Kane. Ha sido lamentable, penosísimo todo...

Lamentable. Penosísimo. Para mí, para Hazel. No para ella. Ni para su chófer.

Ya la veía dando la fría, helada orden:

—Mata. Mata a esa mujer. Arróllala. No ocurrirá nada. Yo te sacaré del lío..., pero mata a Hazel Kane.

¿Por qué? ¿Por qué...?

—¿Me escucha usted, señor? —Era la voz de Travers, lejana y preocupada—. No le he oído decir nada...

—Sí, sí le escucho. Claro que le escucho, teniente —mi voz apenas la hubiera reconocido ni mi propia madre ahora—. Le escuché todo...

—Bien, si le interesan más detalles, llame a casa de los Kane... Por cierto, ¿quién es usted, señor? ¿Por qué le interesa la muerte de la señora Kane?

—Soy... soy un familiar solamente —dije con voz apagada—. Teniente Travers, solamente soy un familiar. Pero no aceptaremos el funeral de los Grayson. Diga a todo el mundo que ningún Kane aceptará esa limosna. Sólo queremos que June Grayson pague en la silla eléctrica.

—¿Qué? ¿Se ha vuelto loco? —aulló Travers.

—Loco solamente por el dolor, teniente. Escuche: los Grayson asesinaron a esa mujer. Mataron a Hazel. Fría, deliberada, intencionadamente. Arrojaron su coche sobre ella. Estoy seguro.

Pregunte, investigue, no se fíe de las apariencias... Algún día podremos llevar a June Grayson a la silla eléctrica, teniente...

Colgué, sabiendo que era ridículo y torpe haber hablado así, que eso no conducía a nada, y menos viniendo de un desconocido para Travers. La Policía de Binghampton se reiría de esas fantasías. Nadie movería un solo dedo contra los Grayson.

Pero Hazel había muerto. Asesinada. ¿Por qué...?

¿Por qué...?

El teléfono. Miré la hora. Las seis menos cuarto.

Alcé el aparato. Marqué el número.

Una pausa. Luego, una voz apagada:

—¿Dígame?

—¿Señora Grayson? —pregunté sordamente.

—Sí, soy yo. ¿Elmer?

—El mismo.

—Bien. Hable. ¿Qué ha resuelto?

—Esta semana. Pasado mañana. Cuente con ello.

—¿A qué hora?

—Depende de sus costumbres.

—En Nueva York. Hágalo en las oficinas. Se queda hasta tarde.

Las nueve por lo menos. Yo iré a la ciudad a las seis. Me verá todo el mundo. Volveré con alguien a Binghampton. Posiblemente con mi sobrina Eunice. Y con su novio y unos amigos. Todos serán testigos de que al morir Nehemiah yo estaba muy lejos de allí... Actúe, Elmer. Hágalo rápido y bien. Le dejaré una llave de las oficinas en una maceta de la entrada al edificio Grayson de Manhattan. Tercera maceta de la derecha, en la tierra. Entrará con esa llave. Sea prudente. Y sea eficaz.

—Así será —encajé las mandíbulas fieramente—. ¿Cuándo la veré yo?

—A los cinco días. En las cercanías de Binghampton. Camino del cementerio hay un parador con reservados. Yo me detendré allí, al regresar de ver la tumba de mi esposo. Le daré su parte. Y no volverá nunca más por aquí.

—Conforme, señora. Hasta pronto.

Colgó ella. Colgué yo. Todo estaba ya hablado entre la asesina y yo. Me sentí tremendamente capaz de llegar hasta el límite. De hacer cualquier cosa; no ya por hacer justicia simplemente, sino por

vengar a Hazel, a mi querida esposa...

Sólo por ella valía la pena ir lejos, muy lejos. Sólo por ella valía la pena que un agente federal llegara a convertirse incluso en un frío asesino...

Y eso es lo que pensaba hacer yo. Ahora. Inmediatamente.

Regresé al hotel. Me encerré allí a terminar de madurar mi plan. Luego, cansadamente, levanté el teléfono. Había estado aquella mañana en Binghampton. Nadie me pudo reconocer. Bastaron mis manos vendadas cubiertas con guantes, un sombrero, unos esparadrapos por el rostro, como si hubiera salido de un accidente, unas gafas oscuras...

Asistí al funeral de Hazel. Lloré en silencio, en la última fila de la capilla, acurrucado en un rincón de sombra. Vi llorar a Linda, a la señora Baker, a tantas otras personas...

No me di a conocer a nadie. Me alegró saber que Linda, aun sin saber nada, había rechazado la oferta de los Grayson, y Hazel era sepultada con dinero nuestro, solamente con lo nuestro, sin ayudas ajenas. Sin ayudas de los asesinos...

Vi al chófer de los Grayson. Alguien había dicho quién era, cerca de mí, y pude ver a aquel moreno, enjuto, frío individuo de ojos oscuros, guapo rostro, figura arrogante y expresión hermética. Un perfecto asesino. Podía serlo. Quizás lo era. Y todo porque la señora Grayson estaría encaprichada de un tipo así. Solamente por eso...

Me alejé de nuevo silenciosamente, abandonando Binghampton, volviendo al tráfico bullicioso de Nueva York, mi mejor refugio, entre tantos millones de seres. Yo, Robert Kane, agente federal, continuaba oficialmente muerto. Yo era un cadáver solamente.

Pero yo iba a vengar a Hazel, aunque fuese lo último que hiciera en esta vida. Hazel, cuya muerte no lograba entender, cuyo crimen parecía estúpido e inútil.

A no ser...

A no ser que ella hubiera sido demasiado inteligente, que ella hubiera adivinado o descubierto algo en torno a mi presunta muerte y hubiese ido demasiado lejos en sus averiguaciones. Ella conocía Binghampton, conocía a sus gentes.

Me decidí. Llevaba rato con el teléfono en la mano, sin tomar decisión alguna. Al final lo hice.

Marqué un número. Esta vez no era el de la señora Grayson. Yo

llamaba a otras personas, aunque también a los Grayson.

Tardó algo en descolgarse el teléfono allá en Binghampton. Una voz juvenil inquirió:

—¿Quién llama, por favor? Aquí la mansión de los Grayson.

—Soy un amigo —dije—. Quiero hablar con la señorita Grayson. Eunice Grayson.

—Eunice... —Sonó la voz juvenil—. Yo misma, señor...

—Mi nombre no importa, señorita Grayson. Soy un amigo de ustedes. Quiero preguntarle algo. El día diez de enero cambiará el señor Grayson, su tío, el testamento familiar.

—¿Cómo lo sabe? —se asombró la voz de la muchacha.

—No importa tampoco. ¿Será así o no?

—Pues... sí. El tío Nehemiah quiere hacer algunos cambios importantes. Lo raro es cómo llegó usted a...

—¿A saberlo? —Sonreí—. No era difícil, señorita Grayson. ¿Qué cree usted que alterará su tío en ese testamento?

—Lo ignoro. Y aunque lo supiera... no creo que fuese correcto hablarlo con un desconocido.

—Tal vez yo adivine. Se lo diré. Su tío va a desheredar a alguien. A la señora Grayson, pongamos por ejemplo. June Grayson perderá su derecho a la herencia. Y por ello mismo a ella le convendría mucho que el señor Grayson muriese accidentalmente... antes de dicha fecha.

—Eso suena horrible —la voz de ella se apagaba, estremecida—. ¿Cómo puede decir cosas tan horribles? ¿Quién es usted?

—Lo sabrá algún día. Por el momento, advierta a su tío Nehemiah de que viva alerta, y hágalo también usted misma. No hablen en absoluto de todo esto con su tía, la señora Grayson. En absoluto, ¿entiende? Sería algo así como su sentencia de muerte.

Colgué. Posiblemente no lograra nada con una llamada anónima; pero lo importante era que las dudas, los recelos, las sospechas empezasen a germinar en los cerebros de los Grayson. Podía ser importante para que la siniestra señora Grayson no pudiera seguir adelante con sus manejos.

Era todo cuanto podía hacer por ellos. A partir de este momento, ya todo era cuestión mía personal. Solamente yo podía actuar de ahora en adelante.

Me esperaban en Nueva York. Esperaban a Elmer Friedman para

cometer un crimen. Bien. Se cometería ese crimen, pero no en la fecha prevista. El asesino a sueldo no era quien ella imaginaba.

Había contratado a un agente federal para cometer un asesinato a sangre fría. Ése era el mayor error de la señora Friedman. El mayor de todos sus errores.

Pero ella ni siquiera lo sabía. Y esperaba que no lo supiese hasta el fin.

Sólo por eso, yo, el cadáver; yo, Robert Kane, oficialmente dado por muerto, seguía en la sombra, en el anónimo de su supuesta muerte. Esperando a que ello me diera la oportunidad de llegar al fondo de la siniestra cuestión.

IX

ALLÍ estaba la llave.

Tercera maceta a la derecha. En la entrada florida del Grayson Building, de Manhattan.

Tomé la pieza de metal, limpiándola de tierra. Consulté mi nuevo reloj.

Las seis menos veinte minutos. Arriba, en el edificio, debían estar ahora los Grayson reunidos. Faltaban tres horas largas para el momento del crimen. La señora Grayson estaría bien tranquila en estos momentos.

No se imaginaba que su siniestro plan iba a volverse violentamente contra ella. Violenta e inesperadamente, por cierto.

Subí en el ascensor del edificio. La sorpresa se aproximaba. Sobre todo la sorpresa para la señora Grayson, cerebro de todo aquel complot criminal sin precedentes del que por puro error había sido víctima yo mismo, solamente porque mi coche tenía igual marca y color que el de un hombre sentenciado a morir, unido al hecho de que utilizase la carretera y la hora habituales del propio Nehemiah Grayson. Toda esa serie fortuita de circunstancias me arrastraron al borde mismo de la muerte. Y, lo que era peor, habían arrastrado también a Hazel. Pero a ella de un modo definitivo, implacable.

Un empleado me dijo que encontraría a Grayson reunido con sus familiares y colaboradores en el último piso del rascacielos. Si quería ver a Grayson debería esperar a más tarde. Y acepté eso con un encogimiento de hombros, fingiendo volver abajo sin muchas prisas.

Lo que hice fue detenerme en otra planta. Salí del ascensor. Regresé lentamente, por la escalera, a la planta superior. El

empleado de Grayson se había alejado de su puesto. Aproveché el momento para cruzar las vidrieras del piso superior y entrar en el auténtico santuario del gran financiero multimillonario, el poderoso Nehemiah Grayson, uno de los grandes magnates de Manhattan y de Wall Street.

Caminé por un largo, amplio corredor ornamentado con estatuas imitando a los clásicos, en hornacinas bien iluminadas. El suelo parecía mármol, y debía serlo. Todo alrededor era suntuoso, grande, impresionante y magnífico, como podía esperarse en un Grayson.

Me detuve al fin ante una serie de puertas cerradas. Un hombre salió de una de ellas, marcada con las letras doradas donde se anunciaba que era una sala destinada al Consejo de Administración.

Me miró él curiosamente. Era alto, fornido, de cabellos muy grises y ojos oscuros.

—¿Desea algo, caballero? —me preguntó vivamente.

—Sí —dije—. Quiero ver al señor Grayson. A Nehemiah Grayson.

—Yo soy Nehemiah Grayson —sonrió él apaciblemente—. ¿Qué se le ofrece, señor...?

—Kane —dije—. Robert Kane, del F. B. I.

—Kane... ¿Federal? Me suena su nombre, no sé por qué...

—Sí, señor Grayson. Usted habrá leído que yo fui asesinado días atrás —le vi boquear de asombro, asintiendo lentamente—. Como ve, aún existo. Y he venido a evitar que el crimen se repita... y esta vez sea usted quien caiga víctima de los asesinos.

—Robert Kane... —Meneó la cabeza, perplejo, tras un largo silencio—. Sí, leí noticias sobre su muerte... Cielos, ¿cómo podría imaginar algo así? Usted está vivo y bien vivo, amigo mío...

—Poca gente sabe eso —dije amargamente—. Mi esposa Hazel murió sin llegar a sospecharlo siquiera.

—Hazel... —Grayson retrocedió como si hubiera recibido un golpe en el tórax—. Cielos, recuerdo eso. Un coche mío la... la mató en...

—En Binghampton, señor —afirmé fríamente—. Sí, es cierto. También la asesinaron, aunque no sé por qué. Ella debió descubrir algo que no convenía a su esposa, señor Grayson. Y la asesinaron.

—¿A... mi esposa? —Se horrorizó él, retrocediendo—. Cielos, señor Kane, ¿qué es lo que está diciendo? Eso es una locura...

—¿También es una locura que yo esté ahora aquí, ante usted, con la orden de asesinarle hoy mismo, mientras su esposa tiene una fácil coartada, lejos de usted, con su sobrina Eunice y otras personas? ¿Es una locura que usted vaya a cambiar su testamento dentro de pocos días, desheredando a su esposa totalmente, por lo que ella está obligada necesariamente a eliminarle antes de que cambie tan peligrosamente de idea?

—Kane, eso no tiene sentido... —jadeó, lívido, Grayson—. Mi propia esposa... No, usted no sabe lo que dice, por muy federal que sea...

—Señor Grayson, este asunto no me compete, pero intentaron asesinarme a mí, confundiéndome con usted por culpa de un color y una marca de coche y una carretera y un horario definido. Ahora, me confunden con su asesino de entonces y me ordenan matarle. ¿Qué cree de todo eso? ¿Piensa que lo invento yo? No es jurisdicción mía este caso, pero mi esposa fue asesinada y yo también pude serlo. Debo aclararlo, si quiero paz en mi espíritu, si deseo realmente justicia. Señor Grayson, tengo que asesinarle, según los deseos de su esposa.

—Cielos... —Se tambaleó, bajo el peso de aquel horrible impacto—. No... no puede ser... En modo alguno, Kane...

—Lo es. Llame a su esposa. Ella lo confirmará.

En ese momento se abrió una puerta tras él. Una voz femenina llamó:

—Nehemiah, cariño... ¿Es que no vas a volver para que discutamos esa cuestión de...? Nehemiah, ¿quién es ese caballero?

Yo me quedé mirando a la dama de cabellos canosos y de belleza indudable, que había aparecido en el corredor. Nehemiah la miró, entre horrorizado y confuso.

—Querida, este hombre... este hombre ha dicho algo horrible —musitó Grayson.

—¿Horrible? ¿En qué sentido? —Se intrigó ella, caminando hacia nosotros.

—Señor Grayson, ¿quién es ella? —pregunté—. ¿Su hermana acaso?

—¿Cómo? —se asombró el millonario, mirándome estupefacto—. Usted... usted acaba de acusar terriblemente a mi esposa..., ¿y ni siquiera la reconoce al verla?

Me quedé helado.

Contemplé a la señora Grayson. Desde luego, no se parecía en absoluto a la llamativa señora Grayson del coche en la carretera de Nueva York...

Hubo momentos de desorientación, de estupor colectivo. No sabía qué decir, y lo que dije no era muy brillante:

—No lo entiendo... Ella... ella dijo que era su esposa, June Grayson...

—June Grayson soy yo —afirmó apaciblemente la dama—. ¿Ocurre algo, Nehemiah?

—No logro entenderlo, querida —jadeó él—. Este hombre asegura ser un federal y te acusó de... de algo espantoso. Luego dijo una mentira, un embuste incalificable...

—¿Yo? —Me irrité—. ¿A qué se refiere ahora, señor Grayson?

—Usted habló de mi cambio en el testamento. Usted dijo que yo... yo iba a desheredar a mi propia esposa. Nada más falto de sentido, amigo mío. Voy a hacer un nuevo testamento, es cierto. Pero a quien desheredaré es A MI SOBRINA EUNICE, por tener relaciones con su chófer y llevar una vida indigna de nuestro nombre...

Mi estupor iba en aumento. Mi desorientación también. Entonces se abrieron las puertas nuevamente. Aparecieron varios hombres de mediana edad, un joven... y la dama del automóvil.

La mujer que trató de contratarme para el crimen.

Me miró con ojos helados. Yo la señaló vivamente.

—Ella es —dije—. Ella es la mujer que me alquiló, señor Grayson.

Nehemiah giró la cabeza hacia ella, sorprendido.

—Es mi sobrina Eunice —dijo—. Ella es mi sobrina...

Yo entendí entonces muchas cosas. Pero ya era tarde para pararse a pensar.

Eunice Grayson emitió un grito agudo, furioso, me insultó horriblemente, y yo reconocí, no la grave voz de la dama en el coche, ni la del teléfono privado al que yo llamara. Reconocí la voz que oyera en casa de los Grayson cuando avisé a Eunice de lo que amenazaba a su tío. Era la voz de ella, ciertamente. Juvenil, viva y enérgica...

Eunice había extraído un arma automática. Disparó. Lo hizo

sobre su tío y sobre mí. Tuve el tiempo justo de derribar violentamente a Grayson, arrastrándole en mi caída, para huir a los balazos que disparaba la muchacha, exasperada.

Luego, cuando ella echó a correr por el enorme pasillo de mármol, yo me precipité tras ella furiosamente. La vi correr, correr hacia la salida. Se revolvió y me disparó en dos ocasiones, sintiendo pasar muy cerca la bala. Solamente su precipitación, su propia furia, impidieron que hiciese blanco.

Cuando ya creía tenerla a mi alcance, ocurrió lo peor.

Eunice debió pensarlo de modo distinto, comprendiendo que aquello no conducía ya a nada, y que su farsa criminal se había descubierto totalmente en los últimos instantes.

Por ello, inesperada, brutalmente, detuvo su carrera y se precipitó hacia un lado. Hacia un enorme ventanal encristalado que asomaba a Manhattan, veinte pisos por encima del asfalto callejero.

—¡No, espere! —aullé—. ¡No haga eso...!

Era inútil. Lo hizo.

Se precipitó al vacío por el hueco de vidrio. Sentí el crujido formidable de vidrios, y el cuerpo de ella se perdió en el aire, hundiéndose en su última zambullida hacia la calle...

FINAL

PERO, ¿por qué? ¿Por qué hizo ella todo eso, Kane...?

Miré lentamente a Nehemiah Grayson.

Ya todo quedaba atrás. Había pasado lo peor. La pesadilla, el momento terrible del final de Eunice. Y todo lo demás.

Ahora se podía hablar con calma, evocar el pasado, todo el siniestro, tenebroso asunto vivido.

—Ella llevaba a cabo su doble juego. Fingía ser la señora Grayson en sus tratos con los asesinos a sueldo. De ese modo —expliqué—, si algo salía mal algún día, la señora Grayson se llevaría todas las culpas, cuando en realidad era su sobrina la responsable directa.

—¿Qué es lo que planeó ella exactamente?

—Su muerte, señor Grayson. Lo peor es que eligió a gente que ni siquiera le conocían a usted. El F. B. I., acaba de arrestar a Sue Hart, cómplice y amiga de Elmer Friedman. Ella ocupó el motel deshabitado, esperando el plan ideado previamente por los asesinos. Aquí intervino el azar de un modo increíble. Por ejemplo, contra lo que yo siempre sospeché, intervino alguien que nada tenía que ver con el asunto: una auto-stopista joven y bonita llamada Drawn Palmer. Yo creí que era parte del asunto, pero ha resultado ser una muchacha que vive de ese truco del *auto-stop*, para buscar hombres que le proporcionen dinero. Yo recogí a esa muchacha cerca ya del parador dispuesto por los asesinos. Ellos sabían que usted no podría seguir adelante. Elmer conocía su coche, su marca, su color..., pero ambos teníamos un coche idéntico, señor Grayson. Ése es el origen de todo el error, del tremendo y horrible fracaso de los asesinos.

—Le confundieron conmigo...

—Sí. No conocían en absoluto a su víctima. Sólo sabían que

debían secuestrar al ocupante del «Buick» azul, matrícula de Nueva York, que pasaba siempre a esa hora por la ruta de Binghampton. Usted es siempre metódico en sus horarios.

—Menos esa noche —rió Grayson—. Me demoré por una conferencia que se demoraba a su vez por averías en las líneas, a causa del temporal. Eso me salvó.

—Y eso estuvo a punto de costarme a mí la vida. Caí en poder de ellos, porque, pese a Drawn, la muchacha del auto-stop, la nieve interceptó la ruta en el lugar previsto. Y ellos, que al vigilarme y verme con una chica pensaron que todo se iba a echar a perder, se alegraron notablemente sin duda, al verme emprender el obligado camino del motel más inmediato, que era solamente ése. La trampa, pues, funcionó pese a todo.

—Y usted fue enviado a morir, por Elmer y por esa chica, Sue Hart.

—Exactamente. Ellos me condujeron en el coche hacia la muerte. Las circunstancias que le cité antes, salvaron mi vida, Grayson. Pero no así la del propio Eimer, que murió con mis ropas y documentos. Algo de eso se salvó al carbonizarse, y mi esposa y cuñada pensaron que era yo mismo el cadáver, dentro de mi coche. Creo, sin embargo, que Hazel pensó razonadamente, y se dijo que no era lógico que me asesinaran a mí de ese modo. Tal vez vio su coche en Binghampton, señor Grayson, y ató cabos. Debíó hablar con Eunice, y ésta temió que Hazel descubriera la verdad. Por ello, al chófer suyo le hizo que la matara en la calle. Ella estaba ya muy cerca de destruirle y obtener la herencia antes de ser desheredada. Por ello volvió a mí. No conocía a Elmer personalmente, sino a través de Sue Hart, y habló conmigo, creyendo que yo era el asesino. Lo demás, ya lo sabe. Como se suponía que Elmer tampoco tenía por qué conocer a los Grayson, ella fingía ser la señora Grayson, y Eunice quedaba así al margen del turbio asunto.

—Es increíble todo ello, Kane —habló Grayson cansadamente—. Nuestra familia le ha causado a usted un gran daño...

—No es su culpa. Fue todo por Eunice. Ahora pagará Sue Hart, la compinche de Eimer, pero nadie más. Los demás cayeron ya. La Justicia no nos corresponde ya a nosotros. Y menos aún la venganza que llegué a desear profundamente, por el dolor del fin de mi esposa...

—Kane, usted volverá a vivir, a rehacer su vida alguna vez, estoy seguro. Si en algo puedo ayudarle...

—No, gracias. No hay nadie que pueda ayudarme en estos momentos, se lo aseguro —dijo lentamente, poniéndome en pie.

—¿Nadie?

—Bien, casi nadie. Es posible que algún día vuelva a una clínica donde estuve internado, y hable con una chica llamada Nancy. Es posible, no lo sé. Pero ahora, en estos momentos..., sólo pienso en volver al F. B. I. Y reintegrarme al trabajo, olvidar esta Navidad, estas oscuras y trágicas vacaciones...

—Kane, muchacho. Le deseo suerte. De corazón.

—Gracias, señor Grayson —moví la cabeza lentamente—. Gracias por todo. Voy a necesitar suerte, sí. Para olvidar, para rehacerme, para pensar que existe siempre una segunda oportunidad en la vida de un hombre...

Hice una pausa.

—Lo recordaré. Esté seguro de que lo recordaré... —añadí, echando a andar con parsimonia—. A usted, a todo esto que he vivido..., y a Hazel. Por toda mi vida. Pero, como usted dice, hay que volver a vivir. Esa sola esperanza es la que me mantendrá en pie...

Fui hacia la puerta.

Volvía a la vida, sí.

Pero sin Hazel. Sin esperanzas apenas. Sólo preguntándome si, alguna vez, una chica como Nancy podría cubrir ese vacío.

Preguntándomelo, sí.

Pero sin respuesta.

No aún. Era demasiado pronto.

Tal vez algún día...

Tal vez.

Pero no lo sé todavía. Necesito tiempo. Tiempo... y olvido.

No es que se olvide, no. Pero, al menos, se intenta. Y se logra, siquiera en parte. Se hace uno a una idea. Se va uno amoldando a algo nuevo, distinto. Lo de atrás queda ahí: atrás justamente.

Y se empieza de nuevo.

Para bien o para mal, se empieza. La vida no valdría la pena de ser vivida, si no existieran otras oportunidades, otras esperanzas.

Sí, es posible que mi caso sea igual también.

Yo, Robert Kane, el cadáver...

Tal vez haya algo de razón en ello. Lo mencionaba como algo irónico, como una burla del destino, como un desafío de mí mismo a quienes intentaron eliminarme brutalmente.

Pero en el fondo, hay algo de cierto en ello. Soy como un muerto, deambulando entre los vivos.

Este cuerpo que camina, este ser que soy ahora, sin Hazel y sin hogar, es como mi propio cadáver autorizado a vagar por el mundo en busca de algún sitio donde realmente tenderme a reposar en el eterno sueño.

O quizá buscando desesperadamente una nueva razón para vivir, para ser otra vez el mismo. Quizá...

—Bob, creo que deberías ausentarte por un tiempo de Binghampton...

La miré, pensativo. Me encogí de hombros.

—¿Tú crees? —indagué, con indiferencia.

—Estoy segura —confirmó mi cuñada Linda, recogiendo mi desayuno con un suspiro—. Disfrutas de unas vacaciones. ¿Por qué no viajar, ir lejos de aquí, de tu vida habitual, Bob?

—¿Adonde podría ir?

—¿Yo qué sé? A cualquier parte. A un lugar donde el olvido fuese más fácil.

—El olvido... —Sacudí la cabeza—. No, Linda. Tú sabes que no hay olvido. No puede haberlo para ciertas cosas.

—Lo sé —ella bajó la mirada—. Pero al menos se intenta.

—¿Vale la pena?

—Sí, Bob —alzó valientemente la cabeza y me contempló—. Vale la pena. Aún vives, aún existes en el mundo. Encerrándote en Binghampton, recordando a mi hermana, no resuelves absolutamente nada. Te hundes tú mismo en un estado de abatimiento, de amargura, de depresión.

—No puedo hacer otra cosa, Linda.

—Sí puedes —se inclinó hacia mí, como lo hubiera hecho Hazel. Sólo que ella no era Hazel. Linda era soltera, pero la quería de otro modo que a Hazel. Siempre la quise como a una hermana. Y creo que ella a mí también—. Puedes hacer algo, Bob. Puedes luchar.

—Luchar...

—Luchar, sí. Ir adelante, mirar hacia tu futuro, no hacia el

pasado, que nada resuelve ya, ni nadie puede mover. Hazel cometió un grave error al ser demasiado lista e intuir que a ti no te habían matado por ser tú Robert Kane, sino por un error, un error trágico, ciertamente. Y ella quería llegar al fondo, saber qué había sucedido.

—Y lo supo...

—Lo supo, sí. Fue fortuito, tremendamente casual. Vio pasar un día a Nehemiah Grayson, al volante de su coche azul, su «Buick» habitual. Por un momento pensó en ti, en tu propio coche... Luego comprendió que eso no era posible. Recordó que Grayson viene todos los fines de semana y todos los festivos como Navidad, procedente también de Nueva York, más o menos a la misma hora a que vendrías tú.

—Hazel aprendió demasiadas cosas de la Policía —dije tristemente.

—Hazel era lista —sonrió con dolor Linda—. Y tú la habías hecho aprender más cosas aún, explicándole habitualmente tus deducciones. Entonces, quiso saber más. Fue a casa de los Grayson. Me temo que habló precisamente con Eunice...

—Y lo demás es fácil de imaginar —sentenció, crispando las manos—. Aquella mujer sin conciencia, precipitó las cosas. No le convenía que la viuda de un federal empezara a imaginar cosas...

Hubo un silencio. Linda se irguió, caminando hacia la salida de la habitación, ya con la bandeja de mi desayuno en la mano.

—Tú sabes bien lo que sucedió. Hazel murió por querer averiguar quién pudo hacerte daño. Tú, llegaste a la solución, sólo por vengar lo ocurrido en ella, por un afán de justicia relacionado con tus afectos y con tus sentimientos más entrañables, Bob. Pero todo eso queda ya atrás. Todo eso pasó. Como Hazel, como el complot de Eunice Grayson, como tu supuesta muerte. No pudiste darle a Hazel la satisfacción de saberte con vida, solamente porque ella no conoció tu asombrosa historia..., y porque tu pérdida de memoria y tu posterior idea de seguir siendo Elmer Friedman así lo ocasionaron. Fue simplemente el destino, y nada más. Nadie tuvo culpa. Y tú o ella, menos que nadie.

—Gracias, Linda. Eres tremendamente comprensiva.

—Soy realista, Bob. Soy humana. El ser humano de Hazel no me ciega ni me hace ver las cosas deformadas. La quise. Ambos amamos a Hazel, tú lo sabes. Y, sin embargo, soy la primera en

decirte que debes olvidar. Debes casarte, Bob.

—¡Casarme! —Pegué un violento respingo.

—Sí. Debes casarte otra vez.

—Pero... Linda... ¿Tú me aconsejas eso?

—Porque la quise a ella, te quiero a ti, Bob. Y mi consejo es ése. Cásate de nuevo. Elige una esposa... y cástate.

Salló, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Me quedé a solas. A solas con mis ideas, con mi sorpresa. Con las palabras últimas de Linda flotando dentro de mi cerebro:

«Debes casarte, Bob... Cásate de nuevo... Elige una esposa...»

—Es una sorpresa verle aquí, Kane.

—¿Ya sabe la verdad?

—La leí en los diarios —sonrió tristemente Nancy—. Créame que lo siento. Supe lo de su esposa...

—Sí —incliné la cabeza—. Mi vida se salvó. Y tuvo que perderse la de ella...

—La vida nos reserva a veces sorpresas así, Kane —la enfermera del Hudson Center me miró con simpatía—. ¿Me perdonará alguna vez que me comportase con usted tan poco correctamente entonces?

—Está perdonada. Ya incluso lo olvidé.

—No podía soportar la idea de que usted fuese esposo de... de aquella mujer, de Lorna. No era el color de su piel, se lo juro. Era ella misma. Hubiese sentido lo mismo de ser ella blanca, pero pertenecer a la especie que pertenecía. No podía imaginarla casada con usted. Era... era demasiado difícil verles juntos, suponer que les unía un afecto fuera de lo puramente físico o carnal...

—Usted tenía razón, Nancy. Pero entonces no podía decírselo. Yo era Elmer Friedman para todo el mundo. Y tenía que continuar siéndolo, hasta saber lo que realmente sucedía, hasta llegar al fin.

—Le comprendo, sí. Ahora es fácil comprenderlo todo. Pero de cualquier forma, su ficción no le llevaría a verse de nuevo con... con aquella mujer.

—No, es cierto —reí—. Ella me dio su dirección, pero no fue preciso verla otra vez. Ya no hubo tiempo ni ocasión.

—¿Hubiera ido, en caso contrario?

—Nunca se sabe —me encogí de hombros—. Un policía tiene que ir a muchos sitios que no son de su agrado.

—No hablaba del policía, sino del hombre...

—Oh, eso... —Sonreí, encogiéndome de hombros—. ¿Por qué me lo pregunta?

—No sé. Supongo que por convencerme a mí misma de que no estaba en un error respecto a usted.

—Pues bien, entonces tiene razón. Lorna no era la clase de mujer que me atraía. Y no era por el color de su piel, como usted misma dice. Hay otras cosas, como condición, modo de vida, espíritu... No, no era mi tipo, créame.

—Eso me alivia —suspiró, sonriendo luego jovialmente—. Bien, Kane, me alegra verle. Se acordó de nosotros, después de todo.

—Sí, me acordé mucho de ustedes. Prácticamente, aquí ha empezado para mí una nueva existencia... y ha terminado otra.

—Eso es cierto. Leí la historia de su aventura. Fue... fue increíble.

—Increíble, es cierto.

—Leí el otro día que capturaron ya a Sue Hart, la cómplice de Elmer Friedman.

—Sí. Ella tendrá para bastantes años de prisión. Intento de asesinato, complicidad con un asesino que se alquilaba a quien le convinieran sus servicios... Esa Hart era un buen elemento también.

—Creo que había también otra chica, una rubia auto-stopista...

—Oh, ella... —Sonreí, evocando a Drawn Palmer—. Ella no tuvo nada que ver, aunque pareciera el centro del asunto. Daba la impresión de pertenecer al complot, y nada más lejos de la realidad. Se vio envuelta en él por puro azar, como yo mismo, y sus reacciones fueron solamente por el hecho de que yo la creyera una buena chica, cuando ella en realidad se despreciaba a sí misma por dedicarse a vivir de esa forma de romances con los automovilistas. Creo, de todos modos, que ya no volverá a hacerlo más. Incluso ha buscado trabajo en Nueva York. Me escribió una tarjeta, dándome las gracias por la influencia que pude causar en su vida. A ciencia cierta, no creo que yo influyese en ella para nada.

—Creo que sí. Usted influye para bien en las gentes.

—¿Yo? —Miré a Nancy, sorprendido—. ¿Cree de veras eso?

—Desde luego. Aquí mismo dejó usted huella de su paso. Desde entonces he procurado ser menos severa con mis pacientes, recordando que me porté injustamente con usted.

—Bah, eso no tuvo importancia, Nancy. La prueba es que he

venido a verla.

—Oh, pero..., ¿vino a verme a mí? Creí que era al doctor a quien usted quería...

—Al diablo el doctor —reí—. Le estoy agradecido por cuanto me ayudó, pero el doctor no me hubiese traído a Hudson Center, Nancy.

—Y yo... ¿sí?

—Sí. Usted es una gran chica. Una persona maravillosa. Creo que de no haberla tenido aquellos días a mi lado, este encierro hubiera sido insoportable. Lo he pensado muchas veces. Uno siempre recuerda los períodos de convalecencia con amargura, con algo de desagrado. Éste, no. Fue agradable. Gracias a usted, ciertamente.

—Eso es muy grato de escuchar, Kane. No sabe cómo le agradezco... —Había brillo en los ojos de Nancy, y había cierto arrebol suave en sus mejillas.

—Vamos, vamos, no hable de gratitud —incliné la cabeza, sin saber cómo iba a decirle lo que tenía que decir. Finalmente, lo logré —: Nancy, he venido a preguntarle si tiene pronto su día libre...

—Mañana, precisamente —se sorprendió ella—. ¿Por qué quiere saberlo?

—¿Tiene compromiso? ¿Alguien que la espere, un novio o...?

—No, no —rió—. No tengo novio ni compromisos.

—Bien. Entonces, Nancy, vamos a ir usted y yo a comer a algún sitio bonito de estos alrededores. ¿Acepta?

—Oh, Kane, eso sería estupendo...

—Después iremos a alguna parte, a visitar algún sitio agradable. Por la noche, puedo tomar entradas para un teatro, cenar en algún otro lugar... En fin, pasar un día grato, en el que todo lo desagradable se olvide.

—Es un plan maravilloso, Kane.

—Entonces, ¿acepta?

—Por supuesto que sí. Y encantada, créame.

—Bien. En ese caso... —Sonreí ampliamente—. En ese caso, Nancy, me tendrá aquí mañana.

—A las once de la mañana. Terminó entonces el turno de noche. Hoy descansaré en mis horas de relevo, para estar bien despierta mañana, se lo prometo.

—Excelente —suspiré—. Hasta mañana, Nancy.

—Hasta mañana, Kane...

Me alejé de Hudson Center. Me sentía mejor que a mi llegada.

No sé si porque me esperaba un día de gratas perspectivas, o porque había vuelto a ver nuevamente a mi enfermera.

O tal vez por ambas cosas.

Tal vez, sí.

Nancy no tenía compromisos. Íbamos a pasar un día juntos, como dos buenos camaradas. Solamente como camaradas.

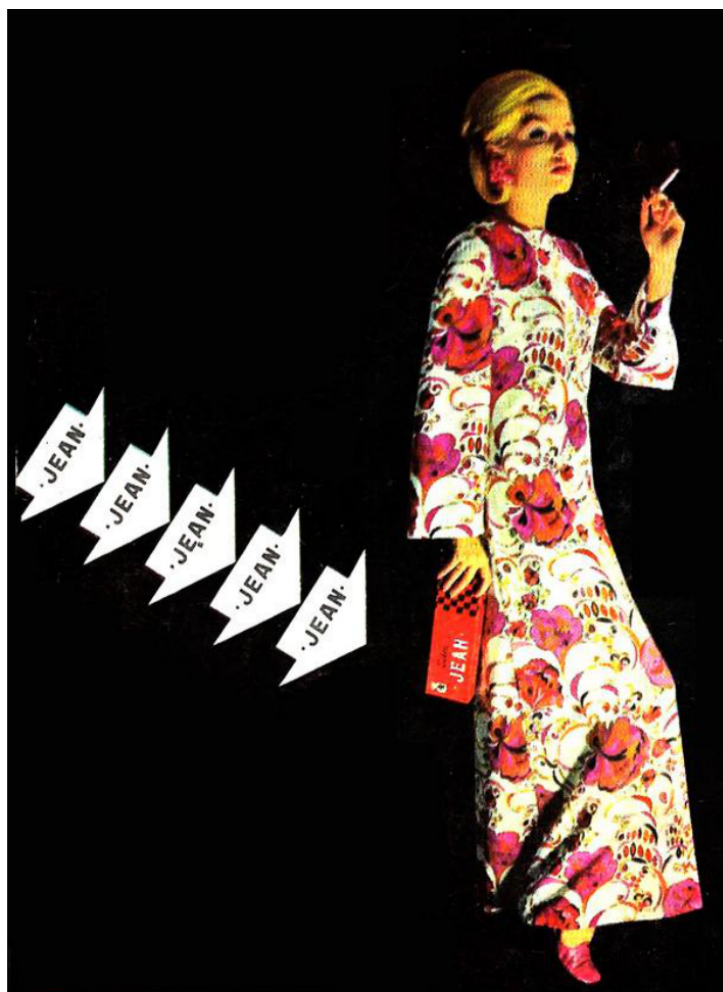
Pero era un principio. Podía ser un buen principio.

El principio de algo más duradero. Y más profundo.

Todo dependía de Nancy. Y de mí.

Y del tiempo.

FIN





EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García. 17 × Madrid-5

10
Pts.

NOTAS

[1] Populares héroes de las «tiras» cómicas o «cómic» americanos.

< <